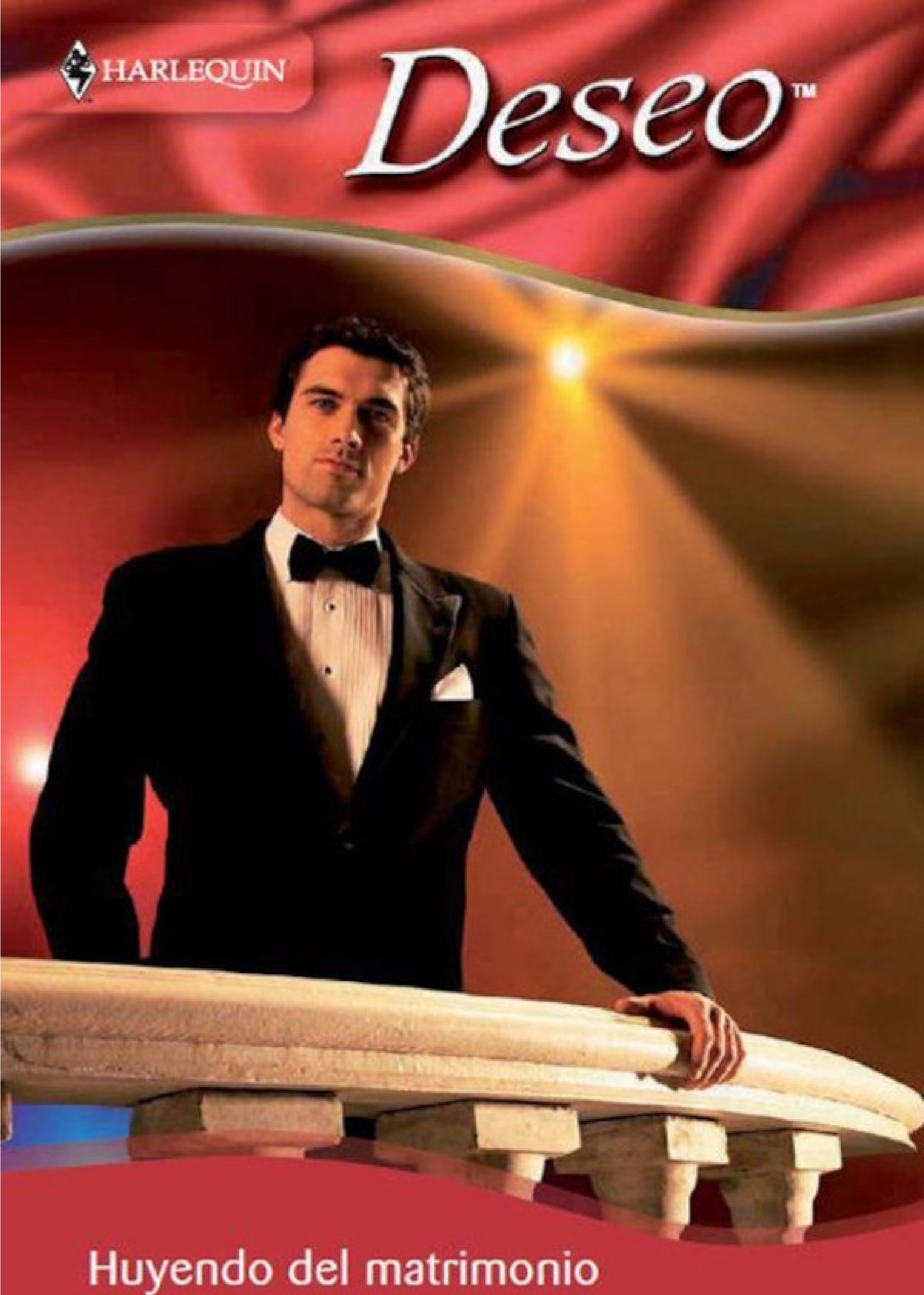


Huyendo del matrimonio

KATE CARLISLE

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A. Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

HUYENDO DEL MATRIMONIO, N.º 1753 - noviembre 2010
Título original: The Millionaire Meets His Match
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9251-3
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

Capítulo Uno

–Cuando te cacen, no digas que no te he advertido.

–Exageras –dijo Adam Duke mientras detenía el coche en el aparcamiento de Duke Development International.

–¿Tú crees? –la voz de su hermano Brandon se oía con nitidez a través de los magníficos altavoces de su Ferrari–. Te lo recordaré el día que celebremos tu boda con la mujer perfecta según tu madre.

–Relájate –dijo Adam, bajando del coche con un maletín.

–A mí me da lo mismo –dijo Brandon–. Después de todo, no soy yo quien va a casarse con la mujer que mamá piensa poner en tu camino sin que lo sepas.

Adam rió y se enderezó la corbata antes de entrar en las modernas oficinas de la compañía.

–No creo que pueda. Estoy demasiado ocupado como para conocer a una mujer.

Cameron, el otro hermano con quien mantenían una conferencia a tres, habló por primera vez:

–Aunque ya sabemos que Brandon tiende a exagerar, ya conoces a mamá. Está obsesionada con que los tres estemos casados, y hará lo que haga falta para conseguirlo. Así que ándate con cuidado.

–Eso era lo que yo quería decir –dijo Brandon, aliviado de que alguien le diera la razón.

–Está bien, está bien –concedió Adam–. Ahora tengo que dejaros, chicos. Seguiremos esta conversación más tarde.

Sonriendo, Adam desconectó la llamada y tras saludar al guarda que estaba apostado junto al mostrador de recepción, entró en el ascensor para subir a su despacho.

Que su madre estuviera decidida a casarles a él y a sus hermanos, no era ninguna novedad. Siempre que podía, les recordaba que quería tener nietos. Pero Brandon hablaba de ello

como si creyera que había pasado al ataque y que recurriría a cualquier artimaña para conseguirlo.

–Inténtalo, mamá –masculló Adam mientras recorría el corredor hacia el despacho.

Por mucho que adorara a su madre adoptiva, Sally Duke, jamás caería en la trampa del matrimonio.

Silbando suavemente, pasó junto al escritorio de su asistente y le sorprendió descubrir la silla vacía y el ordenador apagado. Cheryl Hardy era una adicta al trabajo que acostumbraba a llegar antes que él, lo que era una ventaja en periodos como aquél en el que trabajarían día y noche hasta conseguir cerrar el acuerdo para crear el complejo turístico Fantasy Mountain.

–¿Cómo que ha dimitido? –exclamó indignado Adam una hora más tarde–. Mi gente no dimite.

–Cheryl sí –dijo Marjorie Wallace, su jefa de Recursos Humanos desde hacía años.

–Eso es imposible. Estamos a punto de alcanzar un acuerdo millonario –Adam se puso en pie y paseó por delante del ventanal con vistas al rocoso perfil de Dunsmuir Bay y al océano azul de la costa californiana, antes de volverse bruscamente hacia Marjorie y añadir–: No le he dado permiso para hacerlo.

–Disculpa, pero no es tu esclava –dijo con sarcasmo la mujer madura–. Se ha marchado, Adam, acéptalo.

–¿Ha dicho por qué? –Adam se pasó una mano por el cabello–. Déjalo. Dile que le duplico el sueldo. Seguro que llegamos a un acuerdo.

Marjorie rió con sorna.

–¿Tú crees? ¿Cuántas veces te ha dicho Cheryl que necesitaba unas vacaciones? ¿Cómo reaccionaste cuando te dijo que se casaba?

–No me lo dijo.

–¿Estás seguro?

Adam creyó recordar algo respecto a una boda, pero en el momento no le había dado ninguna importancia.

–Claro que sí –dijo Marjorie, desafiante.

Adam rodeó el escritorio y se colocó ante la insolente mujer.

–Se supone que no debes discutir con tu jefe.

Marjorie rió.

–Por favor, Adam.

–Recuérdame por qué todavía no te he despedido por insubordinación –dijo Adam, frunciendo el ceño.

–Veamos –Marjorie sonrió al tiempo que se cruzaba de brazos–. ¿A lo mejor por lo bien que hago mi trabajo? ¿O porque soy la mejor amiga de tu madre? ¿O será porque te conozco desde que tienes ocho años y nunca le he contado a tu madre quién lanzó la bola de béisbol que rompió la ventana de su despacho, ni quién pisoteó sus tulipanes, o…?

–¡Está bien, está bien! –la detuvo Adam alzando el brazo–. Por favor, llama a Cheryl. Tenemos que arreglarlo.

–Ha dimitido –repitió Marjorie lentamente, como si a Adam le costara entender–. No va a volver. Estaba embarazada de tres meses y no paraba de trabajar. No podía más.

Adam se paró en seco.

–¿Estaba embarazada? –al ver que Marjorie asentía, Adam levantó las manos–. ¡Pero si siempre se definía como un tiburón! ¡Los tiburones no se quedan embarazados y salen huyendo en medio de una negociación!

Marjorie se encogió de hombros.

–Quizá era un delfín disfrazado de tiburón.

–¡Muy graciosa! ¡Hoy en día no se puede confiar en nadie! ¡Necesito una sustituta inmediatamente!

Marjorie sonrió.

–Tengo a la persona que necesitas.

Adam la miró con severidad.

–No me traigas a alguien que vaya a dejarme tirado a mitad de camino, ni a una jovencita descerebrada –dijo, caminando arriba y abajo–. Quiero alguien maduro, no a una ignorante que no se sepa ni el alfabeto. Y desde luego no quiero…

–Sé perfectamente lo que quieres, jefe –dijo Marjorie–. Y tengo a la persona que necesitas. Trish tiene unas referencias excepcionales y es una de las mejores asistentes especializadas.

–¿Una trabajadora temporal? –Adam sacudió la cabeza con incredulidad–. ¿Bromeas? Este trabajo es demasiado importante.

–No tenemos otra opción –dijo Marjorie, haciendo un esfuerzo para mantener la calma–. Tiene un currículum intachable. Se graduó con unas notas magníficas e hizo un máster. Es inteligente y estoy convencida de que te sorprenderá gratamente.

–¿Y si es tan brillante por qué está en una agencia de trabajo temporal? –insistió él.

Marjorie se cuadró de hombros y clavó la mirada en Adam.

–Nuestros empleados temporales, o mejor, nuestras asistentes especializadas, son las mejores.

–Ya lo sé –dijo Adam a regañadientes. Pero por muy buenas que fueran, ninguna lo sería bastante para el trabajo que tenían entre manos.

–Haz el favor de comportarte –añadió Marjorie en voz baja, haciendo que Adam se sintiera como un niño de diez años–. Trish es muy lista y muy guapa.

–Muy bien, pero ¿sabe escribir a máquina? –masculló él, malhumorado.

Trish había oído ya bastante a Adam Duke, que no se había dado cuenta de que llevaba cinco minutos en la puerta de su despacho.

«Ha llegado la hora», se dijo, a la vez que cruzaba la sofisticada habitación para presentarse.

–Escribo ciento veinte palabras por minuto, señor Duke –dijo animadamente, tendiéndole la mano–. Encantada de conocerlo. Soy Trish James.

Cuando sus manos se tocaron, Trish notó una descarga eléctrica, pero logró que el impacto no se reflejara en su rostro. Siempre había sabido que el director general de Duke Development iba a ser un contendiente implacable, pero no había contado con que fuera tan intimidante, tan alto y tan guapo. Al fijar la mirada en sus oscuros ojos azules, sintió un hormigueo en el estómago. Aun enfadado, exudaba un atractivo sexual que resultaba apabullante. Unos segundos antes, al observarlo sin ser

vista, había tenido la tentación de salir huyendo. Pero la abuela Anna no había criado a una cobarde, así que había dado un paso adelante para enfrentarse al león en su propia jaula.

–Trish, querida –la saludó Marjorie, haciéndole un guiño de complicidad al darse cuenta de que había oído la conversación–. Éste es Adam Duke. Trabajaréis juntos las próximas dos semanas. Sé que vas a hacerlo maravillosamente. Si necesitas cualquier cosa, llámame –Marjorie le lanzó a Adam una mirada de advertencia antes de marcharse–. ¡Que tengáis un buen día!

Trish la siguió con la mirada antes de volverse hacia el hombre que había perturbado su sueño durante el último año. Un hombre que no tenía ni idea de quién era.

–Bienvenida –masculló Adam.

–Gracias –respondió ella, ignorando la falsedad de su tono. Decidida a mejorar la situación y a actuar profesionalmente, añadió–: Comprendo que le cueste confiar en una empleada temporal, señor Duke, pero le aseguro que soy muy buena.

–Nosotros decimos «asistentes especializadas», señorita James –dijo él, entornando los ojos.

Trish tardó un instante en darse cuenta de que bromeaba.

–Por supuesto. Ha sido un error.

Adam sonrió.

–Eso está mejor Trish se puso en alerta al notar el efecto que aquella sonrisa tenía sobre ella y pudo entender que su ayudante anterior estuviera dispuesta a trabajar para él las veinticuatro horas del día. Pero ella tenía un plan que cumplir, y por mucho que Adam tuviera un rostro espectacular, también era el desalmado depredador que le había arrebatado todo aquello que amaba. Había llegado la hora de la venganza. Por eso estaba allí.

Mirándolo se dijo que era el depredador más guapo que había visto en su vida. Sus ojos brillaban con inteligencia y cinismo, y a Trish no le costó imaginar cómo se transformarían en acero si llegaba a descubrir sus intenciones.

–¿Señorita James?

–¿Sí? –respondió ella, sobresaltándose–. Lo siento. ¿Le importa repetir?

Adam miró el reloj.

–Decía que tengo una reunión en unos minutos, pero que primero le enseñaré su despacho.

Al cruzar la habitación, Adam le señaló unos archivadores donde guardaba los asuntos personales, así como una mesa en la que había café y agua que, le dijo, estaba a su disposición.

–Se lo agradezco –dijo ella.

–Quizá no esté tan agradecida cuando no tenga tiempo para almorzar y eso sea todo lo que pueda tomar.

–Al menos no me moriré de sed –dijo ella, divertida. Pero dejó de sonreír cuando sus miradas se cruzaron y una vez más le impresionó la fuerza y la masculinidad que Adam irradiaba.

Tenía que dominarse. Por muy guapo que fuera, sabía que era inflexible y exigente. Le habría encantado poder mandar aquel trabajo a la… Pero no podía porque tenía una misión que cumplir. No debía importarle que Adam se considerara superior a ella, o que la subvalorara. Cuanto peor la tratara, más satisfacción obtendría al alcanzar su objetivo.

Aun así, le resultaba injusto que el hombre que había destrozado su vida, el hombre por el que ya no tenía un hogar y que había arrastrado a su abuela a la muerte, le resultara tan atractivo.

Adam miró el reloj de nuevo y Trish volvió a salir de su ensimismamiento.

–Lo siento, señor Duke, pero todavía no sé su horario. ¿Cuándo tiene la reunión?

–Llegaré a tiempo –dijo Adam, distraído–. Primero quiero dejarla instalada.

La condujo hasta su despacho, donde le enseñó los archivadores con toda la información relativa a los clientes y los negocios pendientes.

–Está en orden alfabético.

Trish sonrió.

–Le aseguro que me sé el alfabeto.

Adam rió.

–Eso espero, señorita James.

Trish tomó un cuaderno y apuntó los nombres que Adam le dictó de las personas cuyas llamadas siempre debía contestar, así como su teléfono móvil.

–Hasta que vuelva, puede organizar el escritorio. Necesito que me pase a limpio un análisis de costes, así como algunas cartas. Si le queda tiempo, puede familiarizarse con las carpetas. Cuando vuelva, necesitaré los documentos de Mansfield.

Trish lo copió todo y sonrió.

–Me ocuparé de todo, señor Duke. No se arrepentirá.

Con una mirada que parecía decir que ya se había arrepentido, Adam dijo:

–Llámeme Adam.

–Y tú a mí Trish, por favor.

–De acuerdo –Adam la miró meditativo por unos instantes, antes de añadir–: No te olvides de la carpeta Mansfield –y se marchó, dejando a Trish más turbado de lo que estaba dispuesta a admitir.

Adam llamó al ascensor mientras se decía que tenía tres motivos de preocupación: en primer lugar, el hecho de que su nueva y atractiva ayudante lo hubiera pillado desprevenido, algo que no le pasaba jamás, y que, tal y como podía deducirse de su sonrisa burlona, hubiera escuchado su conversación con Marjorie. Ése era su segundo motivo de preocupación: nunca dejaba que le vieran perder el control, y menos cuando el testigo en cuestión era alguien con quien debía mantener una relación profesional. Por último, le desconcertaba que su nueva ayudante no se pareciera ni por lo más remoto al estilo de mujer madura y maternal que su empresa acostumbraba a contratar como trabajadoras temporales. Además, sonreía con cierto descaro, sus labios eran voluptuosos, y sus ojos verde oscuros se clavaban en él con una intensidad excesiva. Recordó la forma en que alzaba la barbilla y su actitud desafiante y no pudo por menos que admirarla.

Llevaba el cabello castaño retirado del rostro y un traje pantalón milrayas que le quedaba como un guante, y que Adam sospechaba que ocultaba un par de espléndidas piernas.

Había sentido algo especial al darle la mano y estaba decidido a no alimentarlo, pero no podía negar que cada vez que le había sonreído, había notado que el pulso se le aceleraba.

Se rascó la barbilla mientras descendía hacia el vestíbulo. ¿Qué demonios le estaba pasando? No acostumbraba a comportarse como un adolescente y, sin embargo, había tenido que marcharse precipitadamente para ocultar el deseo que Trish James le había hecho sentir. Afortunadamente, sabía que no se trataba más que de pura lascivia, y que era, por tanto, fácilmente domeñable. Nunca se había dejado gobernar por su libido.

Al entrar en el aparcamiento, se dio cuenta de que aquel súbito ataque de deseo se debía a que llevaba meses trabajando día y noche en el proyecto de Fantasy Mountain. Necesitaba darlo por concluido y acostarse con una mujer, que no sería su nueva ayudante, sino cualquiera de las que tenía normalmente a su disposición para una noche de sexo sin ataduras.

Al sentarse en su coche recordó la conversación que había mantenido con Brandon y con Cameron sobre el empeño de su madre en casarlos y frunció el ceño. Parecía imposible que su madre tuviera ninguna relación con que Trish James hubiera sido contratada, sin embargo, parecía una coincidencia increíble.

Encendió el motor. Era ridículo imaginar que su madre hubiera hecho algo tan complicado, así que debía de ser culpa de Brandon que se le pasara por la cabeza una idea tan absurda.

Aun así, tomó una determinación: pasaría el menor tiempo posible con la preciosa morena que, sin pretenderlo, había irrumpido en su apacible vida para convertirla en un infierno.

Tras beber un vaso de agua y respirar varias veces profundamente, Trish se puso a trabajar. Que su objetivo fuera a arruinar al hombre que la había contratado no significaba que no fuera a hacer bien su trabajo.

Su despacho, contiguo al de Adam Duke, era amplio y espacioso. Tenía un escritorio tan grande como el salón de su apartamento, y aunque las vistas no fueran tan espectaculares como las de Adam, sus ventanas también daban al mar.

Pero ella no estaba allí ni para disfrutar de las vistas ni para admirar a Adam como si fuera una adolescente enamoradiza. Cuarenta minutos más tarde había terminado de copiar las cartas y el análisis de costes y fue hacia los archivadores. Aunque no estaba segura de qué era lo que buscaba, necesitaba algo con lo que poder denunciar a Adam y así abandonar aquella farsa lo antes posible y alejarse del hombre que le hacía sentir emociones tan contradictorias.

–¡Hasta huele bien! –masculló, recordando el aroma a bosque al que olía.

Reprendiéndose por volver a pensar en él en esos términos, abrió un cajón bruscamente.

Una hora más tarde, tras haber memorizado el nombre de todos los clientes entre la A y la M, Trish llegó a la carpeta Mansfield. Como Adam todavía no había vuelto, la ojeó antes de dejarla sobre su escritorio.

Después consultó su correo electrónico e imprimió una lista de prioridades. Llegaría a trabajar cada día puntual y haría su trabajo a la perfección, creando un agradable ambiente de trabajo con sus compañeros. Se haría insustituible e indispensable para Adam.

Y sólo entonces, acabaría con él.

Capítulo Dos

–Os juro que está obsesionada con casarnos –dijo Brandon Duke.

–¿Por qué te extraña tanto? –preguntó Adam–. No es la primera vez que mamá insiste en que nos casemos. Recuerda que quiere nietos.

–Exactamente –apuntó Cameron–. ¿No te acuerdas de cuando nos enseñaba el vídeo de su boda insistentemente para ver si lograba convencernos?

–¡Cómo olvidarlo! –dijo Brandon–. Era espantoso, aunque tengo que reconocer que la tarta tenía buena pinta –se apoyó en el respaldo de su silla y estudió el menú de desayuno del club náutico en el que se encontraban–. ¿Qué os parece que comamos algo?

–¿Qué os parece que respiremos un poco? –bromeó Adam.

–Siempre estás comiendo –añadió Cameron al tiempo que inspeccionaba el menú.

Brando ignoró a sus dos hermanos e hizo una señal a la camarera.

–Para mí, huevos, beicon y doble ración de tostadas.

–Yo tomaré la tortilla Denver, Janie –dijo Cameron.

–¿Y usted, señor Duke? –preguntó la camarera a Adam.

–Sólo café.

Estaba convencido de que, si hubiera estado más despierto, su nueva secretaria no lo habría pillado desprevenido, así que decidió que necesitaba aumentar la dosis de cafeína.

–Os lo digo en serio –Brandon retomó la conversación en tono solemne–. Esta vez la cosa es grave. Oí a mamá hablar con su amiga Beatrice por teléfono. Ha organizado un escuadrón para alcanzar la victoria. Ya tienen varias mujeres alineadas para cada uno de nosotros.

–¿Ah, sí? –dijo Cameron, sonriendo–. Eso no es ningún

problema. Siempre estoy a la búsqueda de nuevas mujeres.

Adam enarcó una ceja.

–Si quieres una de las elegidas por mamá, puedes salir con Sussie Walton.

Cameron fingió estremecerse.

–¿Quieres que pierda el apetito?

Adam miró por la ventana y observó un velero que surcaba la bahía.

–Lo que no entiendo –dijo en tono reflexivo– es qué le hace pensar que me casaría con una mujer elegida por ella.

–Yo me hago la misma pregunta –comentó Brandon, animándose.

–De hecho, ¿qué le hace pensar que vayamos a casarnos? –preguntó Cameron.

–Así es mamá –dijo Brandon con un encogimiento de hombros.

–Tienes razón, como un misil de cabeza nuclear: no para hasta dar en la diana.

–La cuestión es que a mí no va a atraparme –dijo Adam.

–Por eso estoy poniéndoos sobre aviso, porque su estrategia es que ni siquiera nos demos cuenta de sus tácticas. Le oí decir a Beatrice literalmente: «No sabrán de dónde les viene el aire» –al ver que sus hermanos intercambiaban una mirada de sorna, Brandon señaló a Adam con el dedo–. Ríete si quieres, pero no digas que no te advertí. Y si caes en la trampa…

–Eso es imposible.

–Ya sabes que es capaz de cualquier cosa. Y tú eres el primero de la lista.

Cameron bebió un trago de café y luego fingió secarse una lágrima:

–Nos dará tanta pena ver a Adam encadenado.

Brandon contribuyó con unos falsos sollozos:

–Nuestro pequeño se ha hecho mayor.

–Sois muy graciosos –dijo Adam–, pero no pienso encadenarme a nadie –los miró alternativamente–. Y vosotros tampoco. Tenemos un pacto.

Los tres guardaron silencio al recordar una tarde, años atrás, en la que tres niños de ocho años tuvieron que hacer las paces. Llevaban peleando toda la mañana y su madre adoptiva, Sally Duke, que había perdido la paciencia, les llevó sándwiches y zumo a la cabaña que había construido en un árbol para ellos y les advirtió que no bajaran mientras no fueran capaces de vivir como hermanos.

Pasaron horas en aquella cabaña antes de que empezaran a compartir sus más oscuros secretos. Cameron habló de su vida con una madre heroinómana; Brandon contó en tono indiferente que su padre, antes de acabar muerto en una pelea, lo pegaba regularmente y que, como su madre había desaparecido con anterioridad, lo habían llevado a un orfanato. Adam había sido abandonado a la puerta de un hospital con dos años, y había pasado por diversas casas de acogida, a cual peor, hasta que Sally Duke lo había llevado a su casa.

Los tres eran considerados casos sin solución, pero eso no había desanimado a Sally, una mujer joven y rica, que acababa de enviudar y que tenía mucho amor para compartir. Su amado esposo había sido también un niño de acogida, y aquélla era su forma de agradecer al sistema que hubiera criado a un hombre tan amable y capaz como su marido, William.

En aquella cabaña, tras desvelar sus secretos, los tres chicos se prometieron lealtad eterna y como parte de su pacto juraron que nunca se casarían ni tendrían hijos ya que, en su experiencia, todos los matrimonios fracasaban y hacían sufrir a sus hijos. Juraron que, si Sally los echaba de su casa, seguirían siendo hermanos.

Pero Sally estaba decidida a convertirlos en su familia. Era estricta, pero siempre cálida y amorosa, y los tres chicos prosperaron.

–Aquí tienen –anunció Janie, dejando los desayunos sobre la mesa.

Adam observó a sus hermanos comer mientras seguía pensando en Sally y en la oportunidad que les había dado en la vida. Pero por mucho que le debieran, no podía obligarlos a hacerla abuela.

–¿Quieres un poco de beicon? –preguntó Brandon.

–No, gracias –Adam miró el reloj–. He de irme. Tengo una cita con Jerry Mansfield dentro de media hora.

–¿Y qué vamos a hacer respecto a mamá? –preguntó Brandon.

–Te preocupas demasiado –dijo Cameron.

–No va a pasar nada.

–Yo no estaría tan seguro –dijo Brandon, sacudiendo la cabeza.

–Deb, tengo que dejarte –susurró Trish.

Su mejor amiga había llamado para saber qué tal le iba en su nuevo trabajo, pero Trish temía que Adam volviera de la reunión en cualquier momento.

–Sólo otra cosa –dijo Deb–. Ronnie va a llevarme a cenar fuera mañana para celebrar mi cumpleaños.

–¡Dios mío! –exclamó Trish al darse cuenta de por qué era tan importante–. ¿Es la primera vez que salís desde que nació el bebé?

–Sí, y no sé qué ponerme –gimió Deb–. Sólo tengo ropa premamá, y te aseguro que no me siento nada sexy.

Trish pensó en el vestuario de Deb, que conocía tan bien como el suyo.

–¿Has perdido suficiente peso como para ponerte el vestido rojo?

–Puede. Aunque quizá tenga el pecho un poco grande. –Claro, y eso a Ronnie le va a espantar –dijo Trish con sorna–. Póntelo. –¡Quiero que me encuentre muy guapa! –Tranquila –Trish rió quedamente–. No sabrá

de dónde le viene el aire. Se oyó el suelo crujir. Trish se puso en pie de un salto y miró en la dirección del ruido. –¡Señor Duke! Adam estaba en el umbral de la puerta. –Necesito la carpeta Mansfield –se limitó a de

cir. Trish colgó sin despedirse. –Está sobre su escritorio –dijo mecánicamente. Él pareció a punto de decir algo, pero se limi

tó a asentir con la cabeza. –Gracias. –De nada –dijo Trish, que se había quedado de piedra y no conseguía salir de su parálisis.

Adam la miró y luego deslizó la mirada a su al
rededor. –¿Qué has hecho? –preguntó finalmente. –¡Nada! –
replicó ella instintivamente. Adam sacudió la cabeza. –Has
cambiado algo de sitio. Trish relajó los hombros y espiró el
aire que te
nía retenido en los pulmones.

–Pensé que no le importaría. He cambiado la distribución del escritorio y he quitado la planta que bloqueaba la vista.

Adam alzó una ceja.

–Cheryl no tenía tiempo para contemplar la vista.

–Es una lástima –dijo Trish, mirando hacia el exterior–. Es preciosa.

Adam la miró fijamente.

–Es cierto.

Trish sintió que se ruborizaba.

–No crea que es que voy a pasar el tiempo mirando por la ventana, señor Duke. Estoy aquí para trabajar.

–Me alegro –Adam parecía reacio a marcharse. Finalmente carraspeó y volvió hacia su despacho. Antes de salir giró la cabeza y añadió–: Avísame cuando venga Jerry Mansfield.

–Claro, señor Duke.

–Y llámame Adam.

Trish estuvo a punto de desmayarse cuando cerró la puerta. ¿Qué demonios le estaba pasando? Debía dejar de portarse como si no hubiera visto un hombre guapo en toda su vida y sobre todo debía recordar que Adam Duke era el enemigo.

Fue hasta la ventana y contempló el mar.

–No es más que química –masculló.

No podía permitirse sentir otra cosa que desprecio por aquel hombre. Después de todo el daño que le había hecho, no podía perder la concentración cuando estaba tan cerca de alcanzar su objetivo.

–Así que reacciona –se dijo en voz queda–. ¿Qué pensaría la abuela Anna si te viera?

Sabía que la abuela Anna habría mirado a Adam Duke y habría exclamado: «¡Menudo hombre!»,

porque siempre había tenido buen gusto, y su frase favorita era: «Puede que sea vieja, pero no estoy muerta».

Pero la abuela había sufrido un ataque al corazón del que Trish culpaba a Adam Duke y a su compañía. De no ser por su falta de ética profesional, su abuela estaría viva y las dos seguirían ocupando el espacioso apartamento que compartían encima de su tienda de antigüedades, El ático de Anna.

Victorian Village, el barrio de encantadoras casas victorianas adosadas de la calle Sea Cove Lane había sido el hogar de seis familias a lo largo de varias generaciones. Trish había crecido allí, y hacía ocho meses, justo al acabar su máster, se había asociado con sus vecinos para comprárselas a su casero y conseguir que fueran reconocidas como edificios históricos. Pero todo había salido mal. El casero había muerto y, antes de que consiguieran la certificación, una constructora había hecho una oferta mejor. Los hijos del casero, para los que el barrio no tenía ningún valor sentimental, echaron a los residentes y demolieron las casas para dejar lugar a un aparcamiento.

La constructora era Duke Development International. Adam Duke necesitaba más espacio de aparcamiento para su compañía en expansión y con un solo movimiento de su mano había destrozado las vidas de seis familias y había roto, literalmente, el corazón de la abuela Anna al dejarla sin el hogar y el negocio que tanto había amado desde que, muchos años atrás, se casara con el hombre al que adoraba.

Trish sacudió la cabeza para ahuyentar aquellos tristes recuerdos y volvió al trabajo, revisando de vez en cuando las carpetas de los negocios de Adam Duke en busca de algún documento con el que inculparlo. Por el momento no había logrado localizar ninguna doble contabilidad, ni ninguna transacción de dudosa legalidad, pero estaba segura de que sólo era cuestión de tiempo. Aunque dudaba de que lo que Adam les había hecho fuera ilegal, sí era éticamente censurable, y estaba convencida de que encontraría algo con lo que airear en la prensa su falta de escrúpulos profesionales. Sólo entonces cumpliría la promesa que había hecho a su abuela en el lecho de muerte y

podría recuperar su vida.

Al finalizar la jornada seguía en el punto de partida. Apagó el ordenador, tomó su bolso y llamó a la puerta de Adam. Al recibir permiso, asomó la cabeza y dijo:

–Si no necesitas nada más, me voy.

–¡Maldita sea!

Trish miró la hora desconcertada. Eran casi las seis.

–Mi horario es de nueve a cinco y media, pero puedo quedarme un poco más si me necesitas.

–¿Qué? –Adam alzó la mirada como si sólo entonces fuera consciente de su presencia–. Perdona. ¿Te marchas? Muy bien. Hasta mañana.

–¿Qué pasa?

Adam repasó unas hojas con gesto preocupado.

–Falta un documento de la carpeta.

Trish abrió los ojos desmesuradamente.

–Yo me he limitado a dejarla en el escritorio.

–No lo dudo –Adam volvió a revisar las hojas–, pero falta un documento con la modificación de un alquiler. Tiene que estar en alguna parte.

–Voy a mirar –dijo Trish.

Asustada, Trish volvió a su escritorio preguntándose si habría saboteado la carpeta subconscientemente. Tras recuperar la calma, revisó el archivador, repasando las carpetas próximas a la de Mansfield.

–Creo que lo he encontrado –anunció, volviendo al despacho de Adam.

Él saltó de su silla y fue hasta ella.

–¿Dónde estaba?

–En la carpeta Manning.

Adam puso los ojos en blanco.

–Gracias. Habría sido un desastre que el cliente descubriera que no lo tenemos.

–Me alegro de haber sido de utilidad.

–Espero que Cheryl no haya cometido muchos más errores.

–Si quieres, puedo revisar todas las carpetas desde mañana.

–Buena idea –Adam se frotó la barbilla–. Cheryl debía de estar agotada. De otra manera es inexplicable.

–¿Estando embarazada de tres meses y planeando una boda? Yo diría que sí.

Adam rió quedamente.

–Lo sé, lo sé. Y yo no he sido de gran ayuda. Aun así, esto podría haber causado un grave problema. Te agradeceré que hagas esa revisión.

–Desde luego –Trish estuvo a punto de reír. Acababa de darle permiso para hacer lo que iba a ha
cer a hurtadillas–. ¿Quieres algo más?

–No, gracias –Adam volvió a su silla.

Trish lo observó mientras se remangaba la camisa. No llevaba ni chaqueta ni corbata, y tenía el cabello oscuro despeinado. Trish notó un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura y se dio cuenta de que se había quedado mirándolo embobada.

–¿Vas a trabajar hasta tarde? –preguntó–. ¿Quieres que me quede a ayudarte?

Adam miró los papeles acumulados en su escritorio.

–No hace falta, gracias.

–Al menos deja que te pida la cena.

–Está bien. Cheryl solía pedir una pizza a Angelo's.

–¿Pizza? ¿Cuántos días sueles trabajar hasta tarde?

–Casi todos.

–Una pizza diaria no es una comida muy saludable.

–Incluye todos los grupos de alimentos –dijo Adam, sonriendo.

Trish sacudió la cabeza y se fue. Tras buscar en la agenda de teléfonos, llamó a un restaurante y pidió pollo con arroz y ensalada. Luego se entretuvo revisando algunas de las carpetas, pero su búsqueda siguió siendo infructuosa. A los cuarenta minutos, llegó la cena.

Adam miró sorprendido la bandeja cuando la puso en el escritorio.

–¿Qué es eso?

–Comida de verdad.

–Veo que eres testaruda –dijo Adam, sonriendo. Después de probarla, añadió–: Está buena.

–Y es buena para la salud.

Trish se sentó en el brazo de la butaca que quedaba frente al escritorio.

–Marjorie me ha dicho que tenías un máster –dijo él mientras comía–. No es lo habitual en los empleados temporales.

–¿Te refieres a las «asistentes especializadas»? –dijo Trish con una sonrisa.

Adam rió.

–Está bien, soy un idiota.

Trish no pudo contener la risa.

–Yo no me atrevería a decir eso. Y comprendo que estuvieras enfadado al quedarte sin tu mejor empleada en medio de un acuerdo tan importante.

–En parte es mi culpa –admitió Adam–. Estaba tan obsesionado con Fantasy Mountain que no le presté atención.

–¿Ésa es la estación de esquí de la que tanto se ha hablado?

–Sí –dijo Adam, probando la ensalada–. Vamos a cerrar el acuerdo a final de mes y habíamos planeado organizar una gran fiesta para los inversores, pero ya no sé si será posible.

–Parece un sitio maravilloso –comentó Trish, que había visto las fotografías en el vestíbulo.

Adam se inclinó sobre el escritorio.

–Lo es, Trish. Es lujoso, pero al mismo tiempo rústico y cálido. Estoy deseando enseñarlo –Adam se quedó pensativo y luego añadió–: Cheryl estaba al cargo de la gran gala de inauguración. Mañana mismo tendré que pensar en algo.

–A mí me encantaría hacerlo –dijo Trish, dejándose llevar por el entusiasmo que él transmitía–. Siempre he soñado… –calló bruscamente. ¿Qué sentido tenía hablar de sus sueños? Miró el reloj–. Por supuesto, estoy disponible para lo que quieras. Ahora es mejor que me vaya. Hasta mañana.

A Adam pareció sorprenderle su brusco cambio de actitud, pero se limitó a decir:

–Claro, es tarde. Gracias de nuevo. Nos vemos mañana.

Trish salió precipitadamente hacia el ascensor y mientras lo esperaba se amonestó una vez más por haberse quedado charlando con él como si fueran viejos amigos. No podía olvidar que Adam Duke no era ni sería nunca su amigo y, aún más, si conseguía realizar a tiempo el verdadero trabajo por el que estaba allí, se habría marchado mucho antes de que la fiesta de inauguración de Fantasy Mountain se celebrara.

Capítulo Tres

Debía haber dimitido el día anterior.

Trish llevaba cuatro días de trabajo, había revisado todas las carpetas y no había descubierto ninguna información que incriminara a Adam Duke. De hecho, el día anterior había descubierto una carpeta en la que se archivaban las numerosas donaciones que había hecho a lo largo de los años a diversas obras sociales.

–¡Hasta le importan las ballenas! –mascullló Trish.

Pero ése no era el motivo por el que debía haber dimitido. Quedaban muchas más carpetas y estaba segura de que acabaría por encontrar algo.

El verdadero problema era que Adam empezaba a gustarle como persona: su sentido del humor, su ética profesional, la manera en que trataba a sus subordinados. Todos ellos lo adoraban, y Trish se veía entrando en esa misma categoría. Pero eso sí que no entraba en sus planes.

–Buenos días.

Trish casi saltó de la silla al oír el saludo de Adam.

–Buenos días –respondió con voz ronca.

–¿Intentas hacerme quedar mal? –preguntó él, mirándola con ojos entornados.

–¿Qué? ¿Yo? ¿Por qué? –Trish lanzó una mirada a su alrededor. Los cajones estaban cerrados, no tenía ninguna carpeta sobre el escritorio. ¿Cómo se habría dado cuenta?

Adam rió y su risa activó las terminaciones nerviosas de Trish. ¿Quién necesitaba cafeína para estar despierto teniendo a Adam Duke cerca?

–No sé a qué te refieres –dijo, aparentando calma.

–Creía que sería el primero en llegar a la oficina –aclaró él.

–¡Ah! –qué estúpida era. Intentó recuperar la respiración y estuvo a punto de clavarse una grapa al grapar unos papeles–. Me

gusta empezar temprano.

–Me alegro –Adam sonrió y le guiñó un ojo–. A mí también –Trish miró a otro lado y tragó saliva. Tenía la garganta seca. Adam preguntó–: ¿Alguna llamada?

–No, señor.

–¿Señor? –Adam volvió a sonreír–. Me gusta cómo suena.

Otra vez bromeaba y otra vez le dedicaba una de sus arrebatadoras sonrisas, dos características que Trish encontraba irresistibles en un hombre. Junto con un trasero perfecto, algo que Adam también tenía.

–¿Podemos repasar los detalles de la fiesta de inauguración? –preguntó cuando Adam continuó hacia su despacho.

–Claro. Sígueme. Mientras caminaba tras él, Trish fue observando su trasero, sus anchos hombros, su caminar de

cidido. Era un hombre con un aura de poder, carisma y atractivo sexual innegables, y parecía ser un hombre de negocios impecable, así que la única razón que justificaba que siguiera allí estaba clara: pura y simple lujuria. ¿Cómo podía ser tan tonta como para sentirse atraída por él?

Definitivamente, debía haber dimitido el día anterior.

Adam ignoró la familiar presión que sentía en la entrepierna desde que Trish había empezado a trabajar para él, y se sentó tras su escritorio. No entendía cómo no se le había pasado ya la absurda reacción física que sufría en cuanto posaba los ojos en la voluptuosa Trish James.

Pero además causarle una «reacción física», tenía que reconocer que le gustaba verla cada mañana porque era encantadora y divertida, y algo asustadiza. Al menos tendía a sobresaltarse a menudo, y eso le resultaba enternecedor.

La irritación que sentía hacia sí mismo por su debilidad se diluyó en cuanto vio a Trish sentarse frente a él y cruzar las piernas. Llevaba falda y, tal y como había sospechado, tenía unas piernas espectaculares, esbeltas, bien torneadas y bronceadas. Tan bonitas que al instante se imaginó besándole los tobillos y

lamiéndola en un recorrido ascendente hasta…

–Antes de hablar de la fiesta –comenzó Trish–, deberías leer esta carta –sacó un papel y se lo pasó–. Parece importante.

Adam alzó las cejas al ver el membrete del bufete de abogados que la encabezaba, y para cuando terminó de leerla, fruncía el ceño.

Sin mediar palabra, tomó el teléfono e indicando a Trish con una señal de la mano que sería una llamada breve, llamó al encargado de obra de Fantasy Mountain. Él y sus hermanos contrataban los servicios de la constructora Bob Paxton porque era el mejor, y ellos sólo trabajaban con los mejores.

Diez minutos más tarde, colgaba el teléfono.

–¿Malas noticias? –preguntó Trish.

Al ver su cara de preocupación, Adam se alegró de comprobar que se sentía implicada en el negocio y se dio cuenta de que le agradaba tenerla a su lado. Ese pensamiento le resultó tan ajeno que se puso en pie y fue hacia la mesa del café para ignorarlo.

–Sí –contestó. Se sirvió una taza y alzó la cafetera para ofrecerle una a Trish, pero ella negó con la cabeza.

–¿Ha habido un accidente? –preguntó con expresión consternada.

–No –replicó Adam de inmediato–. Supongo que has leído la carta.

–Sí. Pero no he entendido nada de los términos legales.

–Lo comprendo –Adam rió quedamente y se sentó–. Pero no te preocupes, no hay ningún herido.

–Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Puedes hablar de ello?

–Al hacer el aparcamiento se ha incumplido la normativa de la LAD –Adam dejó la taza sobre el escritorio.

–¿La LAD es la Ley para a Adaptación a Discapacitados?

–Exactamente –dijo Adam, gratamente sorprendido de que Trish conociera la ley–. Hacemos todos los esfuerzos posibles para que nuestros edificios cumplan esa ley no sólo para evitar denuncias, sino porque queremos que todo el mundo pueda disfrutar de nuestras facilidades. Pero la subcontrata que ha hecho el aparcamiento no ha seguido la normativa.

–¿Las normas que señalan cuántas plazas han de dejarse para discapacitados y ese tipo de cosas?

–Exactamente –dijo Adam–. Aunque es algo más complicado, porque se especifican incluso los grados que deben tener los ángulos de giro, la pendiente de las rampas, el ancho de los accesos, la altura de los lavabos. Un sinfín de cosas. La cuestión es que los constructores han metido la pata.

–¿Cómo se ha enterado el abogado? –preguntó Trish, señalando la carta.

–Buena pregunta –dijo Adam, tomando un sorbo de café–. Hay organizaciones que se dedican a visitar obras para asegurarse de que cumplen con las directrices de la ley.

–Parece lógico.

–Así es –dijo Adam. Y ellos nunca tenían problemas con las inspecciones porque cumplían la ley–. Por eso tenemos que resolverlo antes de inaugurar la estación.

–¿Puede hacerse deprisa?

–Por eso he llamado a Bob. Está todavía más furioso que yo. Él se ocupará de que el constructor resuelva el problema. Pero antes, el abogado quiere acompañarnos a la obra y detallar todo lo que se ha hecho mal.

Trish le sonrió comprensiva.

–Deduzco que los abogados no te caen bien.

–Son un mal necesario –dijo Adam, encogiéndose de hombros antes de sonreír–. Pero los míos son los mejores.

Trish rió.

–No lo dudo.

Aunque le encantó que Trish riera, Adam se puso serio de inmediato.

–No quiero tomarme la situación con frivolidad. Crecí con un montón de niños discapacitados en el orfanato, así que sé muy bien todos los problemas a los que se enfrentan.

¿De dónde demonios había salido aquel comentario? Adam abandonó inmediatamente el tema aunque vio que Trish lo miraba con curiosidad. –Menos mal que aunque es un problema serio, no es irreparable –concluyó.

Trish asintió en silencio y Adam se preguntó por qué se le habría escapado decir algo así cuando jamás había mencionado el orfanato fuera de la familia. Siempre había tratado de mantener su infancia en el ámbito privado, y aunque algunos reporteros habían averiguado la verdad, él siempre se había negado a hablar de ello.

–Necesitamos el avión privado –dijo bruscamente.

–¿Tenemos avión? –preguntó Trish.

–Sí –dijo Adam–. Quiero que lo reserves para el miércoles por la mañana –añadió mientras consultaba su calendario en el móvil.

Trish adoptó al instante una actitud profesional y empezó a tomar notas.

–Miércoles por la mañana –repitió–. ¿Dónde y cuándo?

–A las ocho en punto. Salida del aeropuerto de Dunsmuir con destino a Fantasy Mountain. Ya han hecho el viaje con anterioridad. Avisa de lo que quieres para el desayuno y diles que yo tomaré lo de siempre.

Trish lo miró desconcertada.

–¿Lo de siempre? Espera. ¿Cómo que desayuno para mí? ¿Por qué?

Adam sonrió ante sus balbuceos.

–El desayuno es la comida más importante del día.

Trish sacudió la cabeza con gesto de impaciencia.

–No… No necesitas que te acompañe.

–Claro que sí –dijo él, sin dar importancia a sus protestas. Llevó la taza vacía a la mesa del café y añadió–: Y lleva una bolsa de noche.

–¿Qué? –Trish se puso en pie de un salto y le bloqueó el acceso a su escritorio–. ¿Por qué?

Adam se quedó mirando sus ojos verdes y casi olvidó de qué estaban hablando.

–Tendremos que trabajar muchas horas y puede que nos tengamos que quedar a dormir. El mes de noviembre es impredecible en la montaña –Adam podía percibir la tensión en su propia voz y se preguntó por qué los arreglos para una jornada de trabajo le hacían sentir tan excitado como un adolescente.

–Entiendo –dijo Trish, aunque no sonaba nada convencida.

Adam la tenía tan cerca que tuvo la tentación de tomarla en sus brazos, pero supo que estaría cometiendo un grave error.

–Además de ponerte al día en la normativa de la LAD –añadió para convencerla–, te vendrá bien poder ver el espacio en el que se celebrará la fiesta de inauguración.

–La verdad, Adam, es que… –Trish dejó la frase inconclusa y suspiró.

Él la miró fijamente.

–¿Te da miedo volar?

–Claro que no –dijo ella alzando la barbilla.

–Me alegro. Saldremos el miércoles a las ocho en punto.

–De acuerdo.

Adam se sentó.

–Repasaremos tus notas sobre la celebración durante el vuelo. Ahora no tengo tiempo; necesito que me traigas un par de carpetas.

Una vez Trish abandonó el despacho, Adam pudo volver a respirar. Se puso en pie y fue hasta el ventanal para contemplar la vista. Llevaba días teniendo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por sus fantasías sexuales y concentrarse en el trabajo.

–Maldita sea –masculló.

Trish no tenía la culpa de ser guapa, eficiente y discreta, ni de conseguir que riera mucho más de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

No sólo era una buena trabajadora, sino que además parecía genuinamente preocupada por su bienestar e insistía en que se alimentara bien mientras él, cada vez que le llevaba la cena, pensaba en quitarle la ropa y satisfacer su deseo por ella en el sofá.

El problema era evidente: sufría un ataque de libido, pero no podría librarse de sus necesidades sexuales hasta que hubiera concluido el trabajo en Fantasy Mountain, y Trish no podría ser la mujer con la que desfogarse. Al menos mientras trabajara para él.

Una hora más tarde sonó el interfono.

–¿Qué? –contestó Adam bruscamente.

–Tu hermano Brandon llama por la línea dos –anunció Trish.

–Gracias.

Adam presionó el botón de escucha.

–¿Qué hay?

–¿Quién ha contestado? –preguntó Brandon.

–Mi nueva ayudante.

–¿Es atractiva?

–Voy a colgar.

–Así que sí lo es.

–Adiós, Brandon.

–Espera –dijo Brandon precipitadamente–. Quería advertirte que mamá cenó con Marjorie anoche.

–¿Y qué?

–¿No lo entiendes? –preguntó Brandon, exasperado–. Marjorie es una de sus mejores amigas, así que tienen que estar confabuladas. Piénsalo: mamá ha encargado a tu jefa de Recursos Humanos que te tienda una trampa. Es la persona perfecta.

–Estás loco.

–Como quieras, pero luego no digas que no te he avisado. ¿Y si han infiltrado una espía?

–¿Desde cuándo eres tan paranoico? –preguntó Adam, tamborileando los dedos sobre la mesa.

–Insúltame si quieres –dijo Brandon en tono severo–, pero recuerda que eres el primer objetivo de mamá, así que ten cuidado con cualquier hermosa desconocida que aparezca por tu oficina.

Adam rió.

–¿Te has dado un golpe en la cabeza?

–¿Así me das las gracias?

–Ya hablaremos en otro momento, hermano.

–Eso espero –dijo Brandon descorazonado, antes de recordarle que habían quedado el fin de semana en casa de su madre para una barbacoa.

Adam seguía riendo cuando colgó. Llamó a Trish y el pidió la carpeta de North Vineyard. En cuanto entró, sus piernas atrajeron la mirada de Adam, y eso que llevaba una falda de un largo conservador. Pero Adam no pudo evitar fijarse en cómo la tela sedosa bailaba alrededor de sus piernas mientras cruzaba la

habitación y pensar cuánto tardaría en desabrochar los botones de nácar que recorrían toda la parte de delante para dejar al descubierto sus redondos senos.

–¿Te la dejo en el escritorio?

Adam se sobresaltó pensando que le había leído el pensamiento. Alzó la mirada y vio que le tendía la carpeta sonriendo por lo que dedujo que no tenía ni idea del tipo de pensamientos que lo asaltaban cada vez que la tenía cerca.

–Sí, gracias –dijo distraído.

–No sabía que tuvieras un viñedo –comentó ella, señalando la carpeta.

Adam se pasó la mano por la frente para intentar concentrarse en la conversación.

Así es. Creemos que este año la cosecha será muy buena. Queremos abrir un hotel en las bodegas.

–¡Qué buena idea!

–Eso espero.

Adam vio un brillo de interés en los ojos de Trish que le hubiera gustado convertir en destellos de placer.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Trish preocupada–. ¿Puedo hacer algo por ti?

Adam pensó al instante en unas cuantas cosas.

–No, gracias, estoy bien.

Trish no apreció convencida.

–De acuerdo, pero si necesitas una aspirina o lo que sea, avísame.

Adam pensó que lo único que podría aliviarle sería una ducha fría, pero asintió.

–Muchas gracias.

A su pesar, Adam siguió con la mirada el contoneo de las caderas de Trish mientras iba hacia la puerta y el roce de sus piernas como si estuviera hipnotizado.

«Ten cuidado con cualquier hermosa desconocida que aparezca por tu oficina».

–¡Pero qué demonios….! –exclamó al recordar las palabras de Brandon.

Trish se volvió.

–¿Decías algo?

–No –dijo él, casi sin voz.

Trish sonrió y cerró la puerta tras de sí.

Una mujer infiltrada…

–Olvídalo –dijo en alto, sacudiendo la cabeza.

Brandon estaba perdiendo el juicio y él empezaba a contagiarse.

«Recuerda que eres el primer objetivo».

–¡Imposible! –masculló. Y abriendo la carpeta del viñedo comenzó a estudiar el contrato.

Después de leer la misma frase varias veces sin entenderla, miró hacia la puerta que conducía al despacho de Trish y se pasó los dedos por el cabello al tiempo que recordaba lo que Marjorie había dicho cuatro días antes en un tono extrañamente animado: «Tengo a la persona que necesitas».

–¡Maldición! –masculló de nuevo.

Era imposible que Brandon tuviera razón. ¿Cómo iba a ser Trish un cebo colocado por su madre o, peor aún, parte activa en una confabulación para atraparlo?

Se puso en pie y caminó arriba y abajo sin dejar de pensar.

¿Era posible que su madre y Marjorie planearan algo así? De ser así, en primer lugar habrían tenido que conseguir que Cheryl se marchara. O tal vez no había sido más que una coincidencia afortunada para que Marjorie, inducida por su madre, contratara a una mujer hermosa para que lo sedujera y consiguiera arrastrarlo al matrimonio.

Adam entrecerró los ojos al imaginar la escena entre su madre y Marjorie.

Y de pronto le pareció posible. Súbitamente recordó lo que le había oído decir a Trish hacía días en el teléfono: «Tranquila, no sabrá de dónde le da el aire».

¿Habría estado Trish hablando con su madre o con Marjorie? De sus palabras se podía deducir que tramaba algo.

¿Necesitaba más pruebas para creer a Brandon?

Se dio cuenta de que no. Marjorie y su madre tenían las armas

necesarias. De hecho, su estratagema era digna de admiración. No cabía duda de que Trish era extremadamente atractiva y de que la parte de la seducción podía resultarle interesante. Pero de ahí a caer en la trampa del matrimonio había un abismo.

Contempló las olas rompiendo contras las rocas del acantilado al sur de la bahía. Él y sus hermanos habían construido su edificio de oficinas en aquel lugar para disfrutar de las vistas. A pesar de toda la ayuda que Sally Duke les había proporcionado, los tres habían trabajado duramente para alcanzar el éxito y no iba a consentir que una mujer avariciosa se hiciera con parte de su patrimonio.

Pasándose la mano por el cabello en un gesto de impaciencia, se dijo que era típico de su madre haber dado con una persona tan inteligente y atractiva como Trish como posible pareja.

Su belleza era fresca y natural, completamente distinta a las mujeres sofisticadas y artificiales con las que solía salir y que tanto le disgustaban a su madre. Sin embargo, para él eran perfectas: mujeres con las que no quería establecer ningún vínculo y por las que no sentía nada, pero con las que disfrutaba del sexo.

Súbitamente recordó el gesto de desaprobación con el que Sally había saludado hacía varias semanas a una de aquellas mujeres al coincidir en una fiesta de beneficencia, y se dio cuenta de que no se trataba tanto de desaprobación como de determinación: aquella noche su madre había decidido encontrarle la mujer que se convertiría en su esposa.

Adam se frotó la barbilla pensando en cómo actuar. Brandon tenía razón: Sally Duke era una fuerza de la naturaleza y subestimarla sería un gran error.

Cuanto más pensaba en que Trish hubiera sido colocada por Marjorie y por su madre en el puesto de su ayudante, más posible le parecía. Lo único de lo que no estaba seguro era de si Trish era un mero instrumento o participaba activamente en el complot.

Si formaba parte del plan y su objetivo era conseguir un marido rico, no era más que una buscadora de oro. Y de ser así, se merecía una lección.

Caminando una vez más arriba y abajo, Adam barajó las

posibilidades que se le presentaban. Desde el punto de vista de su madre, tenía que admitirlo, no podía haber elegido mejor candidata.

–Buena jugada, mamá –murmuró con una leve sonrisa–. No te preocupes, que claro que va a haber seducción.

Pero sería él quien sedujera a la ambiciosa mujer para unas pocas noches de placer antes de abandonarla.

–Aunque todavía tendrás que esperar –añadió mientras diseñaba un plan en su mente.

Por el momento debía concentrarse en Fantasy Mountain y aprovechar el buen trabajo que Trish estaba haciendo para la fiesta de inauguración.

Cuando superaran ese escollo, acabaría con ella a la vez que enviaba un claro mensaje a su madre de que no admitiría más intromisiones en su vida.

Sólo le quedaba confiar en que así acabaría con cualquier futuro intento de buscarle esposa.

Capítulo Cuatro

–¿Es tan espantoso como te lo esperabas?

–Qué va –dijo Trish intentando sonar animada–. Está muy bien.

Era viernes por la tarde y Trish intentaba relajarse tomando una copa de vino mientras su amiga Deb Perris daba el biberón a su bebé de tres meses en el salón de su casa.

–Nunca has sabido mentir –comentó Deb.

–¿Por qué iba a mentir?

–No sé –Deb acarició la frente de Gavin–. Pero si crees que por elevar el tono vas a hacerme creer que estás contenta, te equivocas. Así que dime la verdad. ¿Es tan malo como lo imaginabas?

–Peor –Trish bebió un gran sorbo de vino para ganar tiempo.

–¿De verdad? ¡Qué emocionante! –bromeó Deb. Al quitar el biberón de la boca de Gavin, éste protestó–. Tranquilo, queda mucho –volvió a colocárselo en la boca y miró a Trish–. Me lo imaginaba. Todos sus empleados lo adoran, pero yo estaba segura de que a corta distancia no podía ser tan buen jefe. Los más ricos siempre son los más desagradables.

–Me temo que ése es el problema –dijo Trish a regañadientes–: No sólo no es desagradable, sino que es considerado, divertido y un buen samaritano. No te imaginas cómo se puso al averiguar que los constructores no habían seguido la normativa para discapacitados.

–Hablas de él como si fuera un caballero medieval –dijo Deb.

–Lo sé –confirmó Trish dando otro trago al vino.

Y ni siquiera había mencionado el orfanato. ¿Cómo iba a enfrentarse a su enemigo declarado cuando cada vez le caía mejor?

–Tiene que haber algo con lo que puedas atacarlo –dijo Deb para animarla.

–Por ahora no he encontrado nada.

–¡Vamos, Trish! Sigues guardándote información. Cuéntame algo, por favor. ¿No ves que me paso el día con Gavin y acabo aburriéndome de hablar con un bebé?

Trish rió.

–No tengo nada que contar, de verdad.

–Si es necesario, te lo suplico. Aunque, pensándolo bien, me debes una.

–Ya te compensé al aconsejarte el vestido rojo.

–No basta –protestó Deb–. Y eso que tengo que reconocer que a Ronnie le gustó mucho. Va, cuéntamelo.

Trish suspiró. Era verdad que había conseguido el trabajo en la empresa de Adam Duke gracias a Deb, que la había propuesto para el departamento de trabajos especializados cuando pidió la baja por maternidad de su puesto como administrativa. De no ser por ella, Trish no habría conseguido infiltrarse en la compañía con tanta facilidad. Así que tenía derecho a saber la verdad, aunque ni siquiera Trish supiera qué era lo que sentía.

–Deberías haberme advertido que el trabajo podía perjudicar seriamente mi salud –dijo entre dientes a la vez que se servía otra copa de vino.

Deb la miró desconcertada.

–¿En qué sentido?

–No sé… –Trish movió la mano en el aire como quitándole importancia–. Me cuesta respirar cuando estoy a su lado.

Deb sonrió de oreja a oreja.

–Es una monada, ¿verdad?

–¿Una «monada»? –Trish podía pensar en muchos otros adjetivos para describir a Adam Duke: arrebatador, sexy. Pero ¿«una monada»?

–Si no recuerdo mal –comentó Deb–, creo haberte avisado, pero no me escuchaste. Estabas obsesionada con llevar a cabo tu misión.

Trish bebió.

–Y sigo decidida.

–Tú sabrás lo que haces –dijo Deb, encogiéndose de hombros.

Dejó el biberón vacío en la mesa lateral y se colocó a Gavin sobre el hombro hasta que eructó–. Buen chico –dijo, riendo y dándole un pequeño impulso en al aire.

Trish no pudo evitar una punzada de envidia al ver la escena. Deb y ella eran amigas desde el colegio. Dos años atrás había sido la dama de honor de su boda con su novio de adolescencia, Ronnie, y Gavin había nacido hacía tres meses.

Sonrió con melancolía, no porque envidiara la felicidad de su amiga, sino porque pensaba que su vida podía haber sido similar a la de Deb de no haber muerto su abuela, y de no haber perdido la tienda y el vecindario.

Ese pensamiento le devolvió la determinación de actuar contra Adam Duke por muy encantador que fuera. Después de todo, era el culpable de que su vida se hubiera hecho añicos. Y muchos otros se habían visto afectados por su despreciable comportamiento y esperaban que ella los vengara. Si quería seguir mirando a la cara a sus vecinos y viejos amigos, tenía que mantenerse firme y seguir adelante con el plan.

Algún día, Adam Duke y sus maquinaciones formarían parte del pasado. Sólo entonces, podría encontrar la estabilidad y mirarse al espejo sintiendo que había cumplido la promesa hecha a su abuela.

Tras dejar a Gavin en su cuna, Deb se sentó de nuevo en el sofá.

–Sé que llevas mucho tiempo planeando tu venganza, pero tienes derecho a cambiar de opinión –dijo.

–No pienso cambiar de opinión.

–Como quieras, pero recuerda que tienes un título universitario y un máster. Podrías trabajar donde quisieras.

–Lo sé –Trish miró a su amiga con gesto de determinación–. Pero lo primero es lo primero. Piense lo que piense sobre Adam Duke, tengo que desenmascararlo; y no pararé hasta conseguirlo.

***

Trish pasó el sábado por la mañana haciendo distintos recados que dio por terminados yendo a la biblioteca.

–¿Eres tú, Trish? –oyó a su espalda mientras consultaba los estantes de las nuevas adquisiciones.

Al volverse, reconoció a una de sus antiguas vecinas.

–Señora Collins, ¿cómo está?

–No me puedo quejar para ser una anciana.

Selma Collins era la dueña de la tienda de moda de Victorian Village en la que Trish había comprado todos los vestidos para las ocasiones importantes de su vida. Era una mujer elegante y clásica, y al verla, Trish se sintió transportada a un pasado feliz.

–Señora Collins, está usted tan joven como cuando la conocí –le dijo, sonriendo.

La mujer le dio una palmadita en el brazo.

–Querida, no eras más que un bebé, así que no me tomes el pelo –dijo, riendo.

Trish no supo qué más decir. Sus vecinos conocían su plan y le habían animado a llevarlo a cabo. Por eso mismo sentía el peso de la responsabilidad de no defraudarlos.

–Supongo que has oído que Claude y Madeleine se han declarado en bancarrota –susurró la señora Collins.

La noticia dejó a Trish de piedra. Claude y Madeleine habían regentado la pastelería del barrio durante más de veinte años.

–¡Oh, Dios mío! ¿Cómo están?

La señora Collins sacudió la cabeza.

–Gastaron todos sus ahorros en montar otra pastelería, pero no les fue bien.

–¡Ojalá pudiera ayudarlos!

–Querida, ya estás haciendo todo lo que puedes –la señora Collins apretó el brazo de Trish–. Tenemos puestas nuestras esperanzas en ti.

Trish esbozó una tímida sonrisa y se arrepintió de haber contado sus planes a sus vecinos. Aun en el caso de que tuviera éxito y arruinara la reputación de Adam Duke, no podría devolverles ni sus casas ni sus comercios.

Sin embargo ocho meses atrás, se había presentado en el ayuntamiento exigiendo que el barrio Victorian Village fuera declarado de interés histórico, pero le habían notificado que la

petición sólo podía proceder de los dueños, no de los inquilinos, y que aquéllos habían decidió vender el solar para que se construyera un aparcamiento.

Trish había ido entonces directa a hablar con el hombre de Duke Development que dirigía la obra de demolición. El hombre se había reído de sus amenazas y le había dicho que se quitara de en medio. Ella había accedido finalmente por seguridad, pero no sin antes jurar que acabaría con la empresa de Adam Duke.

Al recordar la escena, Trish no podía evitar sonreír ante su propia ingenuidad, pero entonces había tenido la convicción de que podría hacer cualquier cosa que se propusiera. A los pocos días, había acudido a una barbacoa con sus vecinos y les había prometido encontrar la manera de destrozar a los Duke. Su osadía los había animado y habían acabado vitoreándola como a una heroína. Por eso Trish no podía soportar la idea de fallarles.

El problema era que, hasta el momento, Adam Duke parecía más un santo que un villano.

La señora Collins le dio un abrazo y le pidió que siguiera luchando. Trish prometió ir a visitarla y luego la siguió con la mirada, diciéndose que tenía que continuar su investigación con más ahínco.

Pero en el proceso, debía evitar que Adam conociera sus verdaderas intenciones o él se encargaría de que nadie en la ciudad volviera a contratarla el resto de su vida.

–¿Quién quiere un perrito caliente? –preguntó Sally Duke, sujetando la puerta del patio abierta mientras mantenía en equilibrio un plato lleno en cada mano.

–Deja que te ayude, mamá –dijo Adam, llevando los platos a la mesa.

–Gracias, cariño –dijo Sally–. ¿Te importa encargarte de las hamburguesas?

–Claro. Tú, relájate.

–Y necesitamos más sangría.

–Yo me ocupo de eso –dijo Brandon.

Adam entró en la soleada cocina donde Cameron estaba dando

los últimos toques a su famoso chili con carne, y sacó la carne de las hamburguesas del frigorífico y un cuenco.

–Tengo que hablar con Brandon –comentó Cameron sin dejar de remover el guiso–. Hemos recibido el informe de medioambiente del proyecto de Monarch Beach y quiero empezar este mismo lunes.

–¡Fantástico! –dijo Adam–. Yo tengo que ir a Fantasy Mountain.

Brandon entró en ese momento con una jarra vacía.

–¿Qué tal está tu nueva y encantadora ayudante? –preguntó.

Cameron se volvió hacia Adam.

–¿Tienes una ayudante nueva?

–Eres un bocazas –dijo Adam a Brandon.

–¡Vaya! ¡Se ve que he tocado una fibra sensible! –bromeó el aludido. Fue a llevar la jarra rellena al patio y volvió en menos de un minuto–. ¿Me he perdido algo? –preguntó.

–Si no me equivoco, íbamos a hablar de la nueva ayudante de Adam –dijo Cameron.

Adam se resignó, pero antes retiró la cortina para mirar al exterior.

–¿Dónde está mamá?

–Marjorie y Bea acaban de llegar –dijo Brandon–, así que está entretenida.

–Bien –dijo Adam, que empezaba a sentirse tan paranoico como había encontrado a Brandon al principio de la semana–. No debe oírnos.

–¿Se puede saber qué pasa? –preguntó Cameron–. ¿No quieres que se entere de lo de la LAD?

–No creo que sea de eso de lo que quiere hablar –intervino Brandon, guiñándole un ojo.

–Cierra la boca –dijo Adam, a la vez que añadía ajo en polvo a la carne.

–No soporta que tenga razón –bromeó Brandon.

–Menos mal que sólo pasa excepcionalmente –se la devolvió Adam.

–Vamos, déjate de excusas y cuéntanos –dijo Brandon.

Adam se quedó mirando a sus hermanos sin saber cómo explicarse, así que decidió contarlo todo.

–Tiene relación con lo que Brandon ha estado diciendo toda la semana sobre mamá.

–¿Lo de encontrarnos esposa? –preguntó Cameron, desconcertado.

–Sí –tras una pausa, Adam añadió–: Tengo una nueva ayudante.

–Que es guapísima –apuntó Brandon.

–¿La has conocido? –Cameron miró a Adam–. ¿Cuándo se han conocido?

Adam puso los ojos en blanco.

–No la ha visto.

–No –apuntó Brandon–, pero he hablado con ella por teléfono y tiene voz de mujer sexy.

–Bueno, ¿lo es o no lo es? –preguntó Cameron.

Adam añadió más especias a la carne. Era imposible mentir a sus hermanos.

–Claro que lo es –dijo finalmente–. Ése es el problema.

–Me cuesta entender que sea un problema, la verdad –dijo Cameron, sonriendo.

Brandon rió y dio un trago a su cerveza.

–Y lo que no entiendo –añadió Cameron– es qué tiene eso que ver con mamá –miró alternativamente a sus hermanos y concluyó, atónito–: No lo puedo creer.

–Pues créetelo –dijo Brando.

–¿Crees que es posible? –preguntó Cameron.

–Recuerda que estamos hablando de Sally Duke –dijo Adam–, la mujer conocida por el apodo de La Camelia de Acero.

–La mujer a la que acude todo el mundo cuando necesita conseguir algo imposible –apuntó Brandon.

–Pero… ¿cómo? –Cameron se quedó pensativo–. ¿Tú no tenías una ayudante? ¿Qué ha sido de Cheryl?

–Ha dejado el trabajo –dijo Adam.

Cameron frunció el ceño.

–¿Y qué va a pasar con la inauguración de Fantasy Mountain?

–Trish está al mando –dijo Adam.

–¿Trish? ¿Tu nueva ayudante? Así que es buena.

–Excelente.

–¿Cómo la conseguiste?

–La eligió Marjorie entre las empleadas temporales.

Cameron lo miró fijamente y, tras una pausa, dijo:

–Así que piensas que mamá intervino para que la contrataran como temporal, luego hizo que Cheryl dimitiera y entonces pidió a Marjorie que la pusiera en su lugar para conseguir que tú…

–Contado así parece imposible –admitió Brandon, sentándose.

Adam dejó escapar un suspiro mientras formaba la primera hamburguesa, y miró a Cameron, que seguía removiendo el chili.

–La verdad es que parece excesivo –dijo éste, añadiendo un poco de sal–. Parece imposible incluso para mamá.

–¿Tú crees? –preguntó Adam. Cameron era el más sensato de los tres y si a él le parecía imposible…

–Parece un plan demasiado complicado.

–Lo sé –dijo Adam, preparando otra hamburguesa–. Pero no puedo evitar pensar que se han dado demasiadas coincidencias.

–Por eso mismo –dijo Cameron–. No parece posible que haya podido hacer encajar tantas piezas.

En ese momento entró Sally y, al verla, Adam no pudo evitar sonreír. Con el cabello rubio platino recogido en una coleta, pantalones cortos rosas y una camiseta blanca, su madre parecía una jovencita.

–Voy a poner la mesa. Las chicas necesitan más sangría.

–Ahora mismo llevo otra jarra, mamá –dijo Brandon.

–Gracias, cariño –Sally empezó a sacar los cubiertos de un cajón. De pronto se detuvo y miró a sus hijos–. ¿Qué estáis tramando?

Brandon la miró con total inocencia.

–Nada, mamá.

Ella los miró con suspicacia.

–¿Estáis seguros?

–Les estaba poniendo al día sobre el proyecto de Fantasy Mountain –contestó Adam–. En seguida nos reunimos con

vosotras. –Eso espero –dijo ella. Tomó las servilletas de otro cajón y fue hacia la puerta–. Hace un día precioso y no quiero que lo desperdiciéis hablando de trabajo.

–No, mamá –dijeron los tres al unísono.

En cuanto se cerró la puerta, Cameron dijo:

–¿Dónde nos habíamos quedado?

–En el plan diabólico de mamá para conquistar el mundo –dijo Brandon, y alzando la cerveza hacia Cameron, añadió–: Estabas diciendo que era demasiado complicado para que Sally lo hubiera planeado todo, pero Adam sigue teniendo sospechas.

–Puede que esté siendo un poco paranoico –dijo Adam.

–La culpa es de Brandon –dijo Cameron, sonriendo.

–No se trata de paranoia, sino de permanecer alerta –se defendió éste.

Cameron se puso serio y se cruzó de brazos.

–Cuando he dicho que me parecía imposible, me refería a que mamá hubiera convencido a Cheryl de que dejara el trabajo. Pero todos sabemos lo testaruda que puede ser, así que es perfectamente posible que pidiera a Marjorie que estuviera alerta por si parecía una nueva empleada interesante. Quizá la elección de Trish no sea del todo inocente, sino que estaba programada para cuando alguno de los tres necesitáramos ayuda.

–Y la suerte les llegó con la dimisión de Cheryl –dijo Adam, pensativo.

–Exactamente –confirmó Cameron.

–Ya os había dicho que mamá había reclutado a sus amigas –les recordó Brandon.

–¡Maldita sea! –Adam miró a sus dos hermanos–. De una manera u otra, mamá está detrás de esto. Y si Trish es partícipe en el plan, se convierte en víctima propiciatoria.

Brandon rió.

–¿Quieres decir que vas a tomar la iniciativa?

–Así es –dijo Adam–. En lugar de esperar a que intente seducirme, seré yo quien la seduzca a ella… antes de decirle adiós y contarle que lo sabía todo desde el principio.

–Buena idea –dijo Cameron.

–A mí también me lo parece –dijo Brandon–. Siempre que no caigas en la trampa.

Adam le clavó una mirada de escepticismo.

–¿Acaso no me conoces?

–Sólo lo digo porque en esto no estás solo. Recuerda que también Cameron y yo entramos en los planes de mamá. En esta batalla representas a los Duke y a los hombres del mundo entero.

–Amén –dijo Cameron.

Brandon miró por la ventana y vio a su madre riendo con sus amigas.

–Seguro que están celebrando la victoria.

Cameron rió.

–Si es así, se están precipitando.

–Desde luego –dijo Adam–. Confiad en mí: van a llevarse una gran desilusión.

Capítulo Cinco

–Estamos listos para despegar, señor Duke. –Gracias, Pamela.

Cuando la azafata entró en la cabina, Adam
miró a Trish, que, sentada a su lado y a pesar de llevar un severo traje de chaqueta azul marino, conseguía estar tan femenina y sexy como siempre.

–¿Te has puesto el cinturón? –preguntó, pen
sando cuánto le gustaría quitarle la ropa. –Sí –dijo ella con gesto nervioso. –Llegaremos en una hora –dijo él, mirando el reloj–. Podemos aprovechar para comentar la fiesta de inauguración. ¿Has traído tus notas?

–Sí –Trish se humedeció los labios al oír el ruido del motor–. Pero necesito que me des un par de minutos.

–¿Por qué? ¿Te pasa algo? –No –dijo ella, cerrando los ojos y sujetando los
brazos del asiento con fuerza. –Creía que no tenías miedo a volar –dijo Adam. –No tengo miedo. Sólo prevención. –Ya veo. Estás tan «prevenida» que pareces a punto de saltar del asiento. –Lo haría si no llevara puesto el cinturón. Adam se inclinó hacia ella y le susurró: –Prefiero que sigas sentada a mi lado.

Trish abrió los ojos bruscamente.

–¿Intentas distraerme?

–Puede. ¿Lo estoy consiguiendo?

Trish volvió a cerrar los ojos.

–No.

–Puedo esforzarme más –dijo él en tono persuasivo.

–Déjalo, por favor –Trish se mordió el labio–. Tengo que concentrarme.

–¿En qué? ¿En mantener el avión en el aire?

–Exactamente. ¿Te importa?

–En absoluto –Adam apoyó la cabeza en el respaldo–. De

hecho, te lo agradecería.

–No hace falta que me des las gracias –dijo Trish esbozando una sonrisa.

Sin pensarlo, Adam le tocó la mano y ella inmediatamente se la tomó y la apretó con fuerza.

Adam observó su rostro mientas el avión despegaba. Aunque parecía serena, su mano, con la que lo apretaba con tanta fuerza que temió quedarse sin circulación, contaba una historia muy distinta. Luego Trish se humedeció de nuevo los labios y Adam tragó saliva al notar que se excitaba.

Intentó imaginar si al hacer el amor se concentraría con la misma intensidad; si lo asiría con la misma fuerza cuando la penetrara, si gritaría su nombre al llegar al clímax. ¿Cerraría los ojos o lo miraría cuando la pasión la poseyera? Pronto lo averiguaría.

Unos minutos más tarde Adam vio que Pamela dejaba su asiento y dedujo que ya habían alcanzado la altitud necesaria como para poder moverse libremente.

–Ya puedes abrir los ojos –dijo a Trish–. Misión cumplida.

Trish obedeció, miró a su alrededor y soltó la mano de Adam bruscamente.

–Debes de pensar que estoy loca.

–En absoluto –dijo Adam, sonriendo.

–Sigo sin comprender por qué has querido que viniera –dijo Trish.

Adam no podía decirle la verdad. Y como no dudaba de salir victorioso de su misión, sólo se preguntaba cuánto tardaría en cansarse de ella y en desenmascararla.

Pero por el momento, tenía que disimular. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se acomodó en el asiento en actitud relajada.

–Necesito que tomes notas de la inspección del aparcamiento. Además, me interesa tu opinión sobre el complejo y escuchar tus sugerencias.

–Lo haré lo mejor que pueda –dijo ella tras reflexionar un instante.

–No espero menos de ti.

–Gracias –dijo Trish, sonriendo tímidamente.

Pamela llegó con una cesta de cruasanes y magdalenas, mantequilla y mermelada, y les sirvió zumo y café.

Adam vio que Trish tomaba un cruasán y lo untaba con mantequilla.

–Te dije que pidieras lo que quisieras –comentó–. Seguro que hay algo más «saludable».

Trish rió.

–Dije que tomaría lo que hubiera. Y tampoco pasa nada por tomar un cruasán de vez en cuando –dio un bocado y dejó escapar una exclamación de placer–. ¡Qué maravilla!

Adam no pudo apartar los ojos hasta que Trish acabó la última miga y cuando se chupó el dedo para limpiarse un rastro de mermelada, tuvo que contenerse para no chupárselo él mismo.

Entre tanto, Trish parecía ajena al efecto que estaba teniendo sobre él, pero Adam dedujo que basaba su estrategia en el papel de mujer inocente. Y si lo que quería era jugar, las reglas del juego las pondría él.

Durante el desayuno hablaron de trabajo y al acabar, Trish se excusó para ir al cuarto de baño. Una vez allí, se refrescó la cara y se miró en el espejo.

–¿Estás loca o qué? –dijo a su reflejo mientras se retocaba los labios.

Por muy ansiosa que le pusiera el despegue, no podía creer que hubiera tomado la mano de Adam. Al mismo tiempo, había resultado lo más natural del mundo y a él no parecía haberle molestado.

–Pero no vas a volver a hacerlo –se dijo.

Debía conservar su dignidad, y todavía le quedaba un día por delante con él, además del viaje de vuelta.

–¿Qué piensas hacer al aterrizar? ¿Besarlo?

Lo cierto era que llevaba días imaginando cómo sería besar y hacer el amor con él. Y cada vez que lo imaginaba le temblaban las piernas.

Tenía un serio problema.

Respiró profundamente. Si perdía la cabeza por Adam Duke, no tendría el valor de volver a ver a la señora Collins, ni a ninguno de sus antiguos vecinos. Debía pensar en ellos para no olvidar su misión.

Cuadró los hombros, se sacudió el cabello, se estiró la chaqueta y volvió a su asiento.

Adam estaba leyendo unos documentos. Alzó la cabeza y comentó:

–Los planos del aparcamiento eran correctos, así que el error lo ha cometido la constructora.

–¿Vas a demandarla?

Adam rió.

–¿Cómo voy a demandar a mi propia empresa?

–¿Parameter Construction es tuya? –preguntó Trish, incrédula.

–La compramos el año pasado, a la vez que unas cuantas más. Todavía estamos concretando algunos detalles.

–Entonces puede que no sea tan difícil resolver el problema.

Adam se encogió de hombros.

–Ya veremos. Pero me niego a retrasar la inauguración. Tenemos reservas para toda la temporada y no podemos ponerlas en riesgo.

–Por supuesto que no –dijo Trish con vehemencia–. Tendrán que hacer lo que sea necesario.

–Exactamente –dijo Adam. Inclinándose hacia ella, añadió–: Tu pasión me admira.

Aunque no fuera más que un simple comentario, Trish se quedó sin habla. Al ver que Adam la miraba fijamente, hizo un esfuerzo para recuperar el dominio de sí misma.

–Es obvio que alguien ha hecho mal su trabajo –dijo con voz quebradiza.

–Tienes razón –dijo Adam.

–Por favor, abróchense los cinturones –dijo Pamela en ese momento–. Vamos comenzar el descenso.

Trish lo hizo con manos temblorosas.

–¿Ya te has abrochado? –preguntó Adam mientras metía los documentos en su maletín.

–Creo que sí –contestó Trish, enfadándose consigo misma por no controlar la tensión de su voz.

Sin mediar palabra, Adam se acomodó, le tomó la mano y la sujetó contra su pecho.

En cuanto la tocó, Trish tuvo que concentrase en respirar y en ignorar el varonil aroma que Adam desprendía y que llegaba a cegarle el entendimiento.

El avión sobrevoló una montaña y comenzó el descenso hacia la pista de aterrizaje de Fantasy Mountain.

Adam la miró de soslayo y, al ver que tenía un color verdoso y que parecía aterrada, tuvo el absurdo instinto de sentarla sobre sus rodillas y ahuyentar su miedo con caricias. Pero resistió la tentación, recordándose que su trabajo no era cuidar de ella, y que no debía olvidar la razón por la que Trish estaba allí.

Lo cierto era que se trataba de la cazafortunas más atípica que había conocido en su vida. Lo lógico hubiera sido que se tratara de una mujer sofisticada, acostumbrada a volar a lugares exóticos y a flirtear y mantener conversaciones banales.

Pero Trish no reunía ninguna de esas características.

Se preguntó qué le habrían ofrecido Sally y Marjorie para que participara en el plan. Conociendo a su madre y sabiendo la poca importancia que le daba a las cosas materiales, supuso que le habría parecido bastante una oferta de matrimonio, y aunque pensó que debía sentirse halagado de que Trish hubiera aceptado, no lo consiguió.

Su plan iba a fracasar y, entretanto, él disfrutaría de las ventajas que se le presentaban. Porque seducirla no sería sólo una manera de desbaratar su plan, sino un auténtico placer. Estaba ansioso por acariciar las voluptuosas curvas de Trish, besar sus labios y su piel, sentirla por fuera y por dentro. Lo deseaba desde el primer momento, y acabaría por conseguirlo. Trish sería suya. Muy pronto.

Norman Thompson, el abogado que representaba la LAD, tendía a ser muy minucioso.

–Ya te he dicho que haremos los cambios, Norm –dijo Bob

Paxton–. Basta con que nos dejes las notas.

–¿Has tomado las últimas medidas, Trish? –preguntó Adam, aproximándose a ella.

–Sí –contestó Trish, que prácticamente había rellenado un cuaderno entero.

Hacía frío y se alegraba de haber pedido prestado a Deb su forro polar y sus guantes de esquí. Aunque hacía sol, soplaba el aire de la montaña y llevaban cinco horas en el exterior.

–Ya tenemos todos los detalles –dijo Adam a Norm–. En cuanto hayamos hechos los cambios te lo notificaremos y te enviaremos las fotografías. Supongo que querrás venir a comprobarlo en persona.

–Por supuesto. Espero el informe para final de mes.

Adam miró a Paxton antes de contestar:

–Estará listo para la semana que viene –le tendió la mano–. Que tengas un buen día.

–Lo mismo digo –replicó Thompson, estrechándosela.

Lo siguieron con la mirada y, cuando ya se metía en su coche, Bob se volvió a Adam:

–La semana que viene es un plazo un poco corto, pero lo intentaré.

–Debes conseguirlo. Si tienes algún problema con el personal, notifícamelo inmediatamente.

–No va a haber ningún problema –dijo Bob con firmeza a la vez que se guardaba la cámara de fotos en el bolsillo–. Te mandaré las fotos en cuanto llegue a la oficina. Y descubriré al responsable de los errores.

–Estoy seguro de ello –dijo Adam, estrechándole la mano–. Gracias, Bob.

–Encantada de haberte conocido, Bob –dijo Trish.

–Lo mismo digo –replicó Bob, estrechándole la mano. Trish y Adam lo vieron partir hacia su furgoneta. –Vayamos al hotel –dijo él, posando la mano en la parte baja de la espalda de Trish y conduciéndola hacia la salida del aparcamiento–. Hace mucho frío.

–Creía que sólo lo notaba yo –bromeó ella, aunque no estaba segura de cuál era la causa de sus escalofríos.

De camino al edificio principal, Adam le señaló las pistas de esquí de fondo y de esquí alpino.

–¡Es una preciosidad! –exclamó Trish, mirando a su alrededor.

–Lo mismo digo –dijo Adam entre dientes, sin apartar la mirada de ella.

Trish se ruborizó e intentó en vano desviar la mirada, pero los ojos de Adam la habían atrapado como un imán. Pestañeó preguntándose qué le pasaba. Al leer la carta de denuncia sobre el incumplimiento de la LAD había creído encontrar la forma de vengarse de él, pero al oírle hablar del orfanato había imaginado al niñito frágil, abandonado ante el hospital, y se había despertado en ella una enorme ternura.

En aquel instante, sin embargo, no había atisbo de fragilidad en el hombre que la miraba con expresión de inequívoco deseo. Adam miró bruscamente en otra dirección y dijo:

–Desde el hotel se ve el lago Serenity. En verano se puede hacer descenso de río, pesca, montañismo y bicicleta. También ofrecemos yoga, tenis, golf y equitación.

–¡Qué maravilla!

–Parezco un agente de viajes, ¿no?

Trish rió.

–Sí, pero has conseguido venderme el proyecto. Este sitio es espectacular.

Volvió la vista hacia el edificio de estilo modernista, a un tiempo aristocrático y rústico, con cubierta y balcones de madera tallada, y fachada de piedra.

–A ver qué te parece el interior –Adam la tomó de la mano para subir la escalinata de madera y cruzar la impresionante puerta doble de entrada.

Trish giró sobre sí misma con expresión admirada para contemplar la gran sala, en uno de cuyos extremos había un enorme hogar en el que ardía un crepitante fuego. En varios rincones, había sillones y sofás de cuero reunidos en torno a mesas artesanales de madera; gruesas alfombras cubrían parte de suelo,

también de madera, al igual que las inmensas vigas que cruzaban de un lado al otro del techo abovedado.

–¡Es impresionante! –dijo en un susurro.

Adam rió.

–¿Por qué no te sientas frente al fuego mientras consigo las llaves de nuestras habitaciones antes de ir a cenar?

Trish lo miró desconcertada.

–¿Vamos a pasar aquí la noche?

–Todavía tenemos cosas que hacer. Además, así tendrás la oportunidad de conocer al chef.

–Pero, no puedo pasar la noche aquí, contigo –balbuceó Trish.

Adam la miró fijamente.

–¿Qué te preocupa, dormir fuera de casa o mi presencia? –se acercó a ella lentamente–. Estamos aquí para trabajar, no para jugar.

–Lo sé –susurró ella.

Adam estaba lo bastante cerca como para que Trish pudiera aspirar su aroma a campo, a cítrico, a cuero… Si se acercaba unos centímetros, sus bocas se rozarían.

–¿Te doy miedo? –preguntó él, insinuante.

–Claro que no. No digas tonterías –replicó ella sin conseguir reír.

–Te aseguro que no tienes nada que temer –concluyó él, mirándola fijamente como si buscara señales de… ¿miedo?

Trish le sostuvo la mirada con la mayor frialdad de que fue capaz y él, tras hacer un gesto con la cabeza, fue en busca de las llaves.

Trish se dejó caer en un sillón y tragó saliva. ¿Acaso Adam estaba ciego y no se daba cuenta del efecto que tenía en ella? Lo único que podía hacer era rezar para que nunca lo hiciera.

Capítulo Seis

Después de enseñarle el resto de las instalaciones, Adam presentó a Trish al chef, Jean Pierre, y hablaron sobre la fiesta de inauguración. Al concluir la reunión, Adam llevó a Trish al restaurante más exquisito del complejo.

Adam le había explicado que, aunque no estuviera abierto al público, todos los departamentos llevaban varias semanas trabajando como si lo estuviera, y en la cocina se preparaba comida para el personal con la misma profesionalidad que si se tratara de huéspedes de pago.

En los negocios, a los Duke no les gustaba dejar nada al azar. Y en la seducción de hermosas mujeres, tampoco.

Al ir a por las llaves, se había preguntado por qué Trish seguía comportándose como una empleada modélica, tímida y azorada al saber que pasarían la noche en el hotel. Pero a él no podía engañarle, así que tendría que encontrar la manera de quitarle la máscara porque quería ver sus ojos arder de deseo. Sólo entonces, él daría el paso.

Llevaba años en el mundo de los negocios y sabía que, tanto en lo profesional como en lo personal, no había nada como hacerse de rogar. Y ésa era la estrategia que pensaba aplicar en el caso de Trish. La llevaría a cenar, la agasajaría y la engatusaría hasta conducirla a tal estado que sería ella quien acabara haciéndole proposiciones. Y entonces él tendría la última palabra.

Al entrar con ella en el comedor, Adam permaneció tan cerca de ella como para oírle contener el aliento cuando le tocó el hombro, y cuando la tomó por la muñeca, notó que tenía las pulsaciones aceleradas. ¿Sentiría la misma atracción que él sentía hacia ella? ¿Lo deseaba como amante? Si era así, se comportaba con una desconcertante frialdad. Y él disfrutaría aún más elevando su temperatura.

Los condujeron a una preciosa mesa con vistas al lago sobre el

que se reflejaban las luces de la noche. Adam aprovechó el momento de ayudarle a sentarse para deslizar su mano por la espalda de Trish hasta su nuca, y se animó al notar que ella se arqueaba como si quisiera prolongar el contacto.

Trish miró ensimismada por la ventana.

–¡Qué imagen tan perfecta! –exclamó tras contemplar el lago y las montañas circundantes.

–Me alegro de que te guste –contestó Adam, observando con admiración el cabello castaño de Trish, que le caía en cascada sobre los hombros, y sus ojos de un verde intenso, que lanzaban destellos bajo la luz de las velas.

–Si yo fuera tú, no querría marcharme nunca de aquí –dijo ella, colocándose la servilleta en el regazo.

Adam se alegró de haber elegido aquel restaurante para cenar en el que, a pesar de estar solos, el ambiente era íntimo gracias al uso de mamparas y plantas que separaban unas mesas de otras. Además, el personal era atento, pero extremadamente discreto.

También se congratuló de haberle pedido a Jean Pierre que preparara un menú degustación con los canapés que se servirían el día de la inauguración. Durante las siguientes dos horas Trish y él probaron delicados bocados: salmón ahumado con crema fresca y eneldo, rollitos de hojaldre rellenos de roast beef, mus de foie, mini suflés. Todo ello acompañado con una selección de champanes y de vinos tintos y blancos.

La conversación fue animada y entretenida y Adam encontró los comentarios de Trish acertados y estimulantes. Descubrieron que compartían el gusto por el jazz clásico y por las revistas dominicales de los periódicos. Y Adam comprobó que, además de sentido del humor e inteligencia, Trish era leal.

En cierto momento la conversación se desvió hacia el asunto del aparcamiento y Trish se preguntó en voz alta quién podía haber cometido un error tan grave, al tiempo que se ofrecía a ayudar a Bob en la investigación para descubrir al culpable.

–Y cuando averigüemos la verdad –dijo, sacudiendo el dedo–, rodarán cabezas.

–Me alegro de formar parte de tu equipo –dijo Adam, riendo.

–Creo que he tomado demasiado champán –dijo ella, al darse cuenta de lo que acababa de decir.

–Pero espero que lo estés pasando bien.

–Desde luego. Todo esto es maravilloso. Gracias por dejármelo compartir contigo.

–No hubiese cenado sin ti –Adam bebió un sorbo de vino–. Pero quiero que me digas por qué te preocupaba pasar la noche aquí conmigo. ¿Tienes novio?

–Claro que no.

Aliviado, Adam continuó el interrogatorio.

–¿Un ligue?

–Por supuesto que no –dijo ella con el ceño fruncido.

–¿Por qué «por supuesto que no»? Eres una mujer muy hermosa.

A pesar de la tenue luz de las velas, Adam vio que se ruborizaba.

–No deberías decir esas cosas.

–¿Aunque sea la verdad? –dijo Adam, provocativo–. ¿Te incomoda estar a solas conmigo?

Trish miró a su alrededor como si quisiera llamar al servicio.

–No estamos solos.

–Claro que sí –dijo Adam, inclinándose hacia ella.

Trish lo miró fijamente mordisqueándose el labio.

–Claro que no estoy nerviosa por estar a solas contigo. Eres mi jefe y sé que estoy a salvo.

Adam la miró detenidamente.

–Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

–¿A qué te refieres?

–No me siento a salvo contigo. Eres peligrosa para mi paz interior.

Trish frunció el ceño.

–¡Pero… pero si soy completamente inofensiva!

–No lo creas –dijo Adam sonriendo. Decidió cambiar de tema para no agobiarla–. ¿Creciste en Dunsmuir?

–Sí, cerca del muelle, con mi abuela.

Adam se apoyó en el respaldo de la silla cómodamente.

–Esa zona me gusta mucho.

–A mí me encantaba vivir allí.

–¿Te has mudado?

–Sí –Trish miró en otra dirección, como si prefiriera no seguir hablando del tema, y aunque su actitud despertó la curiosidad de Adam, decidió no presionarla.

Alzando la copa dijo:

–Propongo un brindis por Fantasy.

–Por Fantasy –repitió Trish. Y tras beber, añadió–: Estaba todo delicioso, pero no me cabe ni un bocado más.

Adam iba a proponer que se marcharan cuando Jean Pierre apareció con una bandeja con una degustación de postres. Cuando se fue, Trish miró a Adam desconsolada.

–De verdad que no puedo más.

–Yo tampoco, pero no podemos ofender a Jean Pierre –Adam tomó una cucharada de una tartaleta de frutas y se la ofreció a Trish–. Vamos, sólo una.

Trish se frotó el estómago.

–¿Por qué no lo pruebas tú?

–Porque debes decidir para la inauguración y porque soy el jefe y te ordeno probar los postres.

Trish rió.

–No recuerdo haber leído eso en el contrato.

–Entonces hazlo por Jean Pierre –insistió Adam. Trish finalmente, abrió la boca, probó y se lamió los labios–. Umm, está buenísimo.

Adam la miró como hipnotizado. Tomó una cucharada de un mus de chocolate y se lo dio.

–Buena chica. Otro más. Vamos, abre la boca.

–Está bien –dijo Trish, sonriendo–. Pero sólo porque es de chocolate.

–Así me gusta.

Adam volvió a quedar atrapado por su boca y por el placer con el que Trish comía.

–¡Oh, Dios mío! –Trish se relamió con un gemido–. ¡Está espectacular!

Adam sintió su cuerpo reaccionar al instante y deseó a Trish con un anhelo urgente, perentorio, y se dio cuenta de que su plan de esperar a que ella le suplicara iba a complicarse.

Trish le estaba diciendo algo, pero él no asimilaba sus palabras. Dejó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie diciendo casi en un gruñido:

–Vámonos.

–¿No tenemos que pagar la cuenta?

–Soy el dueño, cariño –Adam le ayudó a levantarse–. No tengo que pagar.

–Debo estar muy cansada para haberlo olvidado –respondió ella, sonriendo.

Pero al marcharse insistió en saludar y dar las gracias a cada uno de los empleados antes de asomarse a la cocina, donde Jean Pierre le dio dos sonoros besos.

Adam pensó que tenía una habilidad innata para hacer que todo el mundo se sintiera especial, incluido él, y se preguntó quién estaba siendo el seductor y quién el seducido.

Mientras subían en el ascensor, Trish respiró profundamente para llenarse los pulmones del olor de Adam. Le gustaba estar tan cerca de él y sentir el roce de su brazo. Cuando se estremeció, Adam se quitó la chaqueta y se la puso, diciendo:

–Tienes frío –luego le pasó el brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí–. El aire de la montaña es muy traicionero.

Trish apenas podía respirar. El corazón le latía desbocado. Sabía que debía separarse de Adam, pero se limitó a susurrar:

–Gracias –y se acurrucó contra su sólido cuerpo mientras pensaba que no le importaría quedarse así el resto de su vida aunque Adam estuviera siendo meramente cortés.

Miró a su alrededor fingiendo una calma que estaba lejos de sentir y observó que incluso en el ascensor se mantenía la decoración rústica, con un encantador banco y unos antiguos candelabros de pared.

En varias ocasiones a lo largo de la cena, Adam se había comportado como si se sintiera atraído por ella y estuviera a punto

de besarla. Pero en aquel instante, la sujetaba de forma impersonal y Trish supuso que el champán o el chocolate le habían alterado la percepción.

Bajaron del ascensor en la última planta y Adam se detuvo delante de una puerta a mitad del corredor, la abrió y se echó a un lado para que Trish pasara. Ella dejó escapar una exclamación, rodeando la cama, fue directa al gran hogar de piedra donde había encendido un fuego que caldeaba la habitación. Delante había varios cojines para poder echarse delante del fuego, y en la repisa había una colección de fotografías antiguas en marcos victorianos de paisajes locales.

–¡Qué preciosidad! –se volvió hacia la espléndida cama con dosel de madera tallada, colcha de brocado y almohadones de seda de vivos colores, y exclamó de nuevo–: ¡Es maravilloso! –y acarició la gasa que la cubría a modo de mosquitera y que le daba un aire etéreo de cuento.

Respiró hondo. Olía a bosque y a pino.

–Me encanta –concluyó, girando sobre sí misma para mirar en todas direcciones.

–Me alegro –Adam se apoyó en la puerta corredera de cristal que daba acceso al balcón.

Estaba cruzado de brazos y en actitud relajada, y Trish pensó que era el hombre más sexy del mundo. Él abrió la puerta y salió.

–Sé que hace frío, pero deberías venir a contemplar la vista.

Trish salió y confió en que el aire fresco contrarrestara el calor que sentía y que amenazaba con ahogarla. Adam se apoyaba en la barandilla y contemplaba el lago y la montaña que se erguía imponente y misteriosa. La luna había salido y se reflejaba en el agua.

–¡Es impresionante! –dijo Trish–. Ojalá pudiéramos quedarnos una semana. Es una preciosidad.

–Tú también –musitó Adam–. Me dejas sin aliento –añadió lentamente, con ojos brillantes de deseo.

Trish alzó la mirada a tiempo de ver que él agachaba la cabeza.

–Adam, no creo que…

No pudo concluir porque él atrapó sus labios entre los suyos y ella sintió una llamarada en su interior que amenazó con consumirla.

–¿Qué es lo que no crees? –musitó él a la vez que le mordisqueaba la línea de la barbilla.

Trish apenas comprendió sus palabras por la neblina que las sensaciones habían hecho descender sobre su cerebro.

–¿Qué?

La risa de Adam reverberó por su cuerpo.

–Voy a volver a besarte –le advirtió él, tomándola por la nuca.

–No deberías –dijo ella con la respiración entrecortada.

–¿No quieres que te bese? –preguntó él, mirándola a los ojos.

–No se trata de eso, sino de que no deberías hacerlo.

–Entonces me da lo mismo –concluyó Adam. Y la besó apasionadamente.

Un gemido brotó de la garganta de Trish cuando él introdujo la lengua entre sus labios al tiempo que se apretaba contra ella y le hacía sentir su sexo endurecido.

–Quiero hacerte el amor, Trish –dijo, mirándola con ojos ardientes.

Trish abrió los suyos desmesuradamente. Había perdido todo control sobre sí misma.

–Yo también, Adam.

–Me alegro –dijo él–. Hace frío. Entremos.

La tomó de la mano, y tras cerrar la puerta a su espalda, la condujo hasta la cama. Entonces la besó con lentitud deliberada antes de soltarla, tomar su chaqueta y colocársela bajo el brazo.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella.

–Darte las buenas noches.

Trish creyó haber oído mal.

–¿Perdón?

–Que me estoy despidiendo –repitió él, acariciándole la mejilla con el pulgar–. Quiero agradecerte una noche maravillosa.

Le dio otro beso que Trish devolvió con un fervor que no había experimentado nunca antes.

–Pero no puedes… –protestó débilmente. ¿Cómo podía Adam

ser tan contradictorio? ¿No acababa de decirle que quería hacer el amor con ella?

–Te aseguro que no es lo que quiero hacer –dijo él, descansando la frente sobre la de ella–. Pero no pienso arrastrarte a algo de lo que puedas arrepentirte.

Trish no supo qué decir entre el impulso de agradecerle que fuera tan considerado y las ganas de pedirle que no se fuera.

–Pero te advierto que la próxima vez que nos besemos –añadió Adam, rozando con sus labios los de ella–, no pienso dejarlo así –se separó lo bastante para mirarla a los ojos y concluir–: Y te aseguro que habrá una próxima vez.

Trish parpadeó sin saber qué decir.

–Que sueñes con los angelitos, cariño –se acercó de nuevo a Trish, pero cuando ésta entreabrió los labios, él se limitó a susurrar–: Hasta la próxima.

Y salió del dormitorio dejándola en un estado de febril deseo.

Capítulo Siete

«Estás completamente loco», pensó Adam por enésima vez mientras despegaban de vuelta casa. La noche anterior habría podido hacer con Trish lo que hubiera querido, pero había optado por marcharse y demostrar que podía controlarse. Sin embargo, en aquel momento, con ella sentada a su lado, con los ojos cerrados y apretándole la mano con fuerza, su cuerpo seguía deseándola con la misma intensidad que la noche anterior. Y empezaba a preguntarse si no había sido un estúpido. Porque aunque Trish sólo estuviera allí en busca de su dinero, estaba convencido de que el fuego que había visto en sus ojos no era fingido, y que lo deseaba tanto como él a ella.

Había actuado creyendo que era dueño de sí mismo, pero se equivocaba. Porque al rechazar a Trish James para no caer en la trampa de su madre, no había actuado, sino que meramente había reaccionado; no había elegido, sino que había tomado la única salida que se le presentaba. Así que su manipuladora madre y la cazafortunas seguían llevando la batuta. Y eso le ayudó a tomar la determinación de ganar aquella partida.

En ese momento, Trish abrió los ojos, bajó la mirada hacia sus manos unidas, y retiró la suya.

–Lo siento. Pero gracias por tomarme la mano.

Adam no estaba dispuesto a admitir que habría preferido que no se soltara.

–De otra manera no habríamos podido despegar –bromeó, sonriendo a pesar de que tenía la mandíbula en tensión.

–Pues ha funcionado –Trish sonrió a su vez con timidez, y como permanecieron en un incómodo silencio, decidió sacar las notas de la reunión, encendió el ordenador y se puso a trabajar.

Adam observó sus gráciles dedos pulsando las teclas. A medida que se concentraba en el trabajo, empezó a mordisquearse el labio y Adam tuvo el impulso de colocársela en el regazo y ser

él quien se lo mordisqueara antes de hacerle el amor en pleno vuelo y entrar en el club de la milla.

Reprimiéndose, decidió imitarla y sacar unos documentos para ver si conseguía distraerse, pero no lo consiguió. Le resultaba imposible teniendo a Trish a su lado, con su aspecto fresco y profesional a un tiempo, con el cabello suelto cayéndole en ondas sobre los hombros y un perfume intenso que flotaba en el aire, impidiéndole pensar.

¿A quién pretendía engañar? ¿Cómo iba a concentrarse si la deseaba incluso más que la noche anterior, si sabía que después de haber probado su sabor no sería más que cuestión de tiempo que la hiciera suya?

¿Cuestión de tiempo? Habría querido que fuera en aquel mismo instante. Quería tomar en sus manos sus senos redondos, atrapar su boca, sentir sus piernas enredadas en la cintura.

Dejó escapar una exclamación ahogada y se rebulló en el asiento.

La poseería aquella misma noche.

–Éste debe de ser el día más largo de la historia –masculló Trish aquella tarde al sentarse ante su escritorio.

Llevaba todo el día intentando olvidar el día anterior sin lograrlo, y había llegado a plantearse irse a casa con la excusa de que no se encontraba bien. Pero finalmente decidió que le sentaría mejor concentrarse en el trabajo que quedarse sentada en el sofá contemplando las cuatro paredes del salón. Sin embargo, saber que Adam estaba al otro lado de la puerta y que no podía hacer nada, le mantenía los nervios a flor de piel.

–¿Y qué harías si pudieras? –se dijo, enojada–. Recuerda que no te desea. Prácticamente le rogaste que te hiciera el amor y te dio la espalda.

Aunque no tenía ninguna experiencia con los hombres, estaba segura de que la partida de Adam después de que le expresara sus deseos de hacer el amor no era ninguna buena señal. Hizo una mueca al recordar que le había ofrecido los labios pero que él, en lugar de besarla, se había limitado a decir: «Hasta la próxima».

¿Qué habría querido decir? ¿Aquella misma noche? ¿Al año siguiente? Y lo que era aún más importante, ¿por qué le importaba tanto cuando ella no estaba allí para tener un romance sino para cumplir una venganza?

Lo cierto era que su plan inicial parecía cada vez más remoto, y cada vez se planteaba más a menudo la posibilidad de abandonarlo, dejar el trabajo y superar el dolor de la pérdida de su hogar y de su abuela olvidando el rencor.

Porque el hombre que había causado su mal despertaba en ella sentimientos que no tenían nada que ver con el odio. De hecho, sólo pensar en él sentía reverberar por su cuerpo las oleadas del deseo.

Para ignorarlas, recordó que estaba allí para trabajar, se puso en pie, tomó una pila de documentos que debía fotocopiar y empezó una intensa sesión de trabajo que le llevó el resto de la tarde.

La siguiente vez que alzó la mirada de la pantalla del ordenador, vio a Adam en el umbral de la puerta.

–¿Te importaría trabajar hoy hasta tarde? Querría rematar algunos asuntos.

–En absoluto –dijo ella–. ¿Quieres que pida algo para cenar?

–Todavía no. ¿Te importa pasar antes por mi despacho?

–Claro que no –Trish decidió que sería una buena oportunidad para decirle lo que llevaba pensando desde hacía unas horas.

Adam se sentó en el borde del escritorio mientas esperaba a que Trish entrara.

–Quiero darte las gracias por todo –empezó ella–: el viaje a Fantasy, la cena… Y también que aceptes mis disculpas por lo que pasó después.

Adam la observó en silencio antes de decir secamente:

–No.

–¿No? –Trish no había esperado aquella reacción, que la desconcertó y la irritó a un tiempo–. ¿No aceptas mis disculpas?

Adam se puso en pie y caminó hacia ella lentamente, hasta aproximarse tanto que Trish pensó que la besaría. Pero en lugar de eso, él la tomó de la mano y la llevó hasta el sofá para sentarse.

–¿Me pides disculpas por el beso? –preguntó, apretándole la mano.

–Me comporté muy poco profesionalmente. Supongo que deberías echarme, pero quizá puedas olvidarlo –dijo ella, mirando al suelo.

–En todo caso, sería yo quien debiera disculparse –dijo Adam, soltándole la mano y poniéndose de pie–. Después de todo, soy el jefe, así que no me debes nada –tomó de nuevo la mano de Trish para ayudarle a levantarse–. Debería disculparme, pero no pienso hacerlo.

–¿No? –Trish parpadeó, desconcertada ante el imprevisto rumbo que estaba tomando la conversación.

–No, porque no me arrepiento. Me encantó besarte y lo haré otra vez a no ser que tú no quieras.

–Pero sí quiero –dijo Trish precipitadamente. Y al instante sintió que le ardían las mejillas.

Adam sonrió.

–Comprendería que no quisieras. Tendría que darme un par de duchas de agua fría y estaría muy irritable, pero lo comprendería.

Trish intentó pensar. Adam la deseaba y ella no podía negar que también lo deseaba. Tenía la llave en sus manos, y aunque sabía que iba a cometer un terrible error, decidió usarla. Pero antes quiso decir algo.

–Adam, debes saber que no lo he hecho antes. Espero que no pienses que… –dejó escapar un suspiro y movió las manos en el aire–. Ya sabes a lo que me refiero.

–¿Quieres decir que no sueles besar a tus jefes? –bromeó él.

–Claro que no –replicó ella, alzando la barbilla con dignidad.

Adam le dedicó una maliciosa sonrisa que hizo prender una llama en el vientre de Trish. Había llegado el momento de decidir. Y supo que no se movería de donde estaba.

–Dime que no y lo olvidaré. Pero si te quedas, Trish –Adam le retiró un mechón de cabello tras la oreja–, no podrás pararme.

–No quiero pararte –dijo ella en un susurro. Y cerró los ojos al sentir los dedos de Adam acariciándole la mejilla.

Entonces él la estrechó en sus brazos y la besó con voracidad.

Sujetándola con firmeza por la nuca, apretó sus labios contra los de ella para penetrar profundamente en su boca con la lengua.

Trish oyó una voz interior incitándola a huir de Adam Duke, pero supo que era demasiado tarde, que su mente estaba nublada por las sensaciones que la poseían, por la fuerza y el deseo que Adam le transmitía.

–Adam, yo… –no pudo concluir, pero Adam parecía poder leer su pensamiento.

–Lo sé –dijo él. Y la hizo reclinarse en el sofá.

Acompañándola, se echó sobre ella y la besó de nuevo mientras Trish podía sentir su sexo endurecerse contra su muslo.

Entrelazó los brazos a su cuello y él cubrió sus senos con sus manos antes de empezar a desabro-charle la camisa a la vez que dejaba un rastro de besos en su escote. Se apoyó sobre los codos para mirarla y el fuego que Trish vio arder en sus ojos la animó a actuar con mayor desinhibición. Se quitó la blusa y empezó a soltarse el sujetador.

–Yo lo haré –la detuvo Adam. Y le retiró las copas para dejar al descubierto los senos–. ¡Qué preciosidad! –exclamó, y con sus dedos le pellizcó los pezones hasta endurecerlos.

Trish contuvo el aliento cuando se inclinó para mordisqueárselos alternativamente y dibujar círculos a su alrededor con la lengua. Un gemido escapó de su garganta cuando, manteniendo la caricia sobre uno de sus senos, Adam usó la otra para bajarle los pantalones. Volvió a mirarla y Trish vio un brillo de pura satisfacción masculina en sus ojos. Luego metió los dedos por debajo de su tanga y acarició su parte más íntima antes de meter un dedo en su interior.

–¡Qué caliente y qué prieta! –le susurró él al oído, a la vez que repetía el movimiento hasta dejar a Trish jadeante.

–¡Adam, por favor! –suplicó finalmente.

Él, en lugar de responder, se puso en pie y se desnudó precipitadamente, mientras ella lo observaba como hipnotizada y admiraba su magnífico cuerpo y su poderoso sexo, que ansiaba tocar.

Sin apartar la vista de ella, Adam sacó un preservativo del

bolsillo del pantalón y se lo puso. Luego volvió a acostarse sobre Trish y, besándola apasionadamente, buscó su centro y la penetró de un solo empuje.

Trish abrió los ojos desmesuradamente y dejó escapar un gritito, pero en cuanto pasó el dolor inicial, tuvo una sensación de plenitud y de conexión íntima que no había experimentado nunca antes.

Adam se quedó paralizado y la miró fijamente.

–¿Eres virgen? –preguntó con la voz agarrotada–. ¿Por qué no me lo has dicho?

–¿Podemos hablarlo más tarde? –preguntó ella a su vez, alzando las caderas para arrastrarlo más hacia su interior–. ¡No pares!

–No voy a parar –dijo él entre dientes–. Pero hablaremos de esto.

–Más tarde –repitió ella a la vez que lo sujetaba por los hombros para animarlo a seguir. Adam buscó sus labios y la besó con delicadeza al tiempo que volvía a mecerse en su interior –Enrolla las piernas a mi cintura, cariño –susurró–. Muévete conmigo.

Trish obedeció. Podía sentir sus corazones latiendo al unísono. Observó a Adam, tan guapo y fuerte, concentrado para darle placer. Apretó las piernas con fuerza y ya sólo sintió un calor interior que amenazaba con quemarla.

–Abre los ojos. Quiero ver cómo se oscurecen cuando llegues al orgasmo conmigo –susurró él.

Trish los abrió. Adam siguió moviéndose, llevándola con cada empuje a una cota más alta de placer. Trish gritó su nombre al tiempo que un cohete de fuegos artificiales estallaba en su interior y atravesaba todo su cuerpo dejándolo cargado de electricidad.

Adam se tensó una fracción de segundo antes de gritar su nombre y empujar una última vez con tanta fuerza que Trish habría jurado que lo sentía contra su corazón. Luego colapsó sobre ella, apresándola contra el sofá mientras mascullaba algo indescifrable y la acariciaba con su aliento.

Durante varios minutos, Trish sintió las sacudidas que, remitiendo, alcanzaban cada rincón de su cuerpo, y escuchó el

jadeo de su propia respiración. Estaba exhausta y saciada. Se sentía libre, y más viva de lo que se había sentido en toda su vida.

Capítulo Ocho

Adam se desplazó cuidadosamente hacia el lado de Trish y, apoyándose sobre el codo, la miró fijamente.

–¿Por qué no me lo has dicho? –preguntó.

Le costaba creer que estuviera tan desesperada por cazarlo como marido y hacerse con su fortuna como para entregarle algo tan preciado. Por otro lado, si un mero beso le había hecho disculparse, imaginó que perder la virginidad le causaría un espantoso sentimiento de culpa. De una forma u otra, no cejaría hasta que su curiosidad quedase saciada. La misma curiosidad que sentía por comprobar si el sexo con ella sería siempre tan increíble o si se había tratado de una excepción debida a la novedad.

El roce de la cadera de Trish contra su sexo hizo que éste recobrara vida.

–Debería marcharme –dijo ella en un susurro.

–No –dijo él, consciente de que Trish se encontraba demasiado vulnerable como para dejarla ir.

Aunque no solía querer retener a las mujeres con las que se acostaba, no podía negar que Trish era distinta en todo, y prefirió pensar que necesitaba que le diera respuestas, en lugar de analizar las emociones que despertaba en él.

–No vas a ninguna parte hasta que me expliques por qué no me has dicho que eras virgen.

–¿Qué más da?

–¿Cómo que qué más da? De haberlo sabido no lo habríamos hecho en un maldito sofá.

Trish, que hasta entonces había esquivado su mirada, clavó sus ojos en él.

–Por eso mismo no te lo he dicho.

Adam le retiró un mechón de la cara.

–De saberlo habría sido más delicado para no hacerte daño.

–No me has hecho daño –dijo ella con dulzura. Luego sonrió–.

Bueno, un poco, pero luego ha sido perfecto.

–Todavía no –dijo él con determinación–. Pero llegará a serlo.

Trish estaba sentada ante su escritorio a la mañana siguiente sin saber si ronronear como un gato o esconderse debajo de la silla por vergüenza: se había acostado con el enemigo.

De haber ocurrido sólo una vez, podría atribuirlo a una demencia pasajera, ¡pero habían sido tres! Y el recuerdo de lo que Adam le había hecho cada una de ellas le hacía estremecer. Nunca miraría con los mismos ojos la mesa de la sala de juntas, ni el sofá de su despacho.

Pero lo más grave era que, aunque supiera que lo que había hecho estaba mal, había gozado de cada caricia y de cada palabra susurrada. Adam le había hecho sentir cosas que no había sentido nunca. ¿Cómo podía haberlas sentido si era virgen?

Afortunadamente, gracias a que Adam no le había preguntado por qué era virgen a los veintiséis años, había evitado mentir. Lo cierto era que había crecido rodeada y protegida por sus vecinos y su abuela en Victorian Village; después había ido a la universidad, donde había trabajado demasiado como para tener una vida social. Tras graduarse con un año de antelación, se había matriculado para un máster en la universidad local. Para entonces, la abuela Anna había envejecido y ella había asumido la responsabilidad de la tienda, ocupándose de los proveedores, de cambiar los escaparates y de la contabilidad.

Su abuela siempre le tomaba el pelo diciéndole que saliera y que se enamorara, pero Trish había creído que todavía le quedaba mucho tiempo por delante. Fue por aquel entonces cuando, de acuerdo con los vecinos, quiso solicitar la declaración de monumento histórico para el barrio y cuando su mundo colapsó por culpa de la compañía de Adam Duke.

Por eso mismo debía hacer un esfuerzo para recordar que estaba allí para arruinarlo.

Suspiró profundamente y encendió el ordenador. Tenía tiempo de investigar un rato sin sentirse demasiado culpable.

–Esto va por ti, abuela –musitó. Y empezó una búsqueda en

Internet de las distintas fusiones y adquisiciones que habían hecho las empresas Duke en los últimos años para ver si encontraba alguna transacción sospechosa.

Al concluir, se reclinó en el respaldo con la sensación de haber compensado parcialmente a su abuela y a sus viejos vecinos por lo ocurrido la noche anterior a pesar de que su mente no dejaba de vagar hacia Adam Duke y de que su cuerpo reaccionaba con tanta violencia ante el recuerdo de sus caricias que tuvo que contenerse para no dejar escapar un gemido.

Avergonzada de sí misma, recogió el correo de la mañana y fue a la fotocopiadora. Tenía que tomar una decisión. Se apoyó en la máquina, cerró los ojos y respiró profundamente. No podía huir de la verdad: estaba metida en un buen lío. Y no ya porque se hubiera acostado con el hombre al que teóricamente iba a destrozar, ni porque hubiera incumplido la promesa hecha a su abuela en su lecho de muerte, sino porque lo peor de todo era que estaba deseando volver a estar en sus brazos.

La fotocopiadora se paró y el súbito silencio sobresaltó a Trish, que de pronto supo lo que debía hacer como si en su cerebro se hubiera encendido una luz. Si no quería traicionar la memoria de su abuela, tenía que decir a Adam que no volverían a acostarse.

Volvió a su escritorio con una nueva determinación. Hablaría con él lo antes posible. Ni siquiera creía que fuera a afectarle. Después de todo, tendría en lista de espera a numerosas mujeres deseosas de tener una oportunidad.

Arrugó la nariz al pensar en ello. La idea le resultaba odiosa, y al mismo tiempo la convenció de que a Adam le daría lo mismo que la vulgar Trish James le anunciara que no volvería hacer el amor con él.

–¡Ni hablar! –Adam cruzó el despacho y se plantó a unos centímetros de Trish–. No acepto tu dimisión. Vuelve a tu escritorio y haz… lo que sea. Tenemos mucho trabajo.

Tenerla tan cerca y oler su intenso perfume era una tortura. Habría querido desnudarla y poseerla allí mismo, pero dada la

actitud de Trish, no le pareció una buena idea.

–Adam, por favor –insistió ella, como si hablara con un niño testarudo–. No he dicho que fuera a dimitir, sino que quiero reconsiderar mi trabajo contigo.

–Ya te he oído –dijo él, cruzándose de brazos–. ¿Qué demonios quieres decir con eso?

–Significa que las cosas se han complicado y que creo que no deberíamos… –Trish dejó la frase en el aire con un suspiró de impaciencia y apretó los puños–. ¿De verdad necesitas que lo diga?

–Sí, Trish –respondió Adam, dando otro pequeño paso hacia ella–: Dímelo.

–¡No podemos volver a acostarnos! –gritó ella. Y con cara de espanto, se tapó la boca al instante.

–Creo que en el tercer piso no te han oído –dijo él rascándose la oreja.

–¿Ves lo que me obligas a hacer? No pensaba gritar –farfulló ella a través de los dedos.

–Está bien –Adam le retiró la mano de la boca–. No estoy de acuerdo contigo pero respeto tu honestidad.

–¿De verdad?

–Por supuesto –Adam mantuvo su mano firmemente asida–. Y también me importan tus sentimientos.

–¿En serio? –Trish lo miró con suspicacia–. Muchas gracias.

Adam asintió con la cabeza.

–De nada. Y me alegro de que no dimitas.

–Nunca te dejaría empantanado.

–Lo sé –Adam le acarició el hombro–. Te necesito, Trish.

–Lo sé. Y no voy a decepcionarte –dijo ella con toda su alma.

Adam siguió acariciándola, subiendo la mano hacia su nuca.

–De eso estoy seguro.

–Umm –Trish inclinó la cabeza levemente para facilitarle el acceso–. Gracias, Adam.

–De nada.

–Bueno… –Trish se mordió el labio–. Será mejor que vaya a… hacer…

–Sí, pero antes deja que compruebe una teoría –dijo Adam, tirando de ella hacia sí y mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

–Pero… –dijo ella, gimiendo suavemente.

–Verás –Adam dejó un reguero de besos en la línea de su mandíbula–, en honor a la verdad tengo que advertirte que tengo la intención de seguir teniendo sexo contigo.

–Pe… pero –protestó Trish, jadeante–, tengo que… um, trabajar.

–Yo también –dijo Adam, arrancando una sofocada exclamación de Trish al acariciarle los senos a través de la camisa–. No te entretendré demasiado tiempo.

Trish arqueó la espalda.

–¿Cómo es posible que vuelva a suceder? –preguntó con la respiración entrecortada.

–Ahora mismo te lo demuestro.

Adam la besó apasionadamente y en unos segundos le desabrochaba el pantalón mientras ella buscaba la hebilla de su cinturón.

Adam había creído que con una vez sería suficiente, que tendría la satisfacción de llegar a la oficina y desenmascararla. Pero en cuanto Trish había insinuado que se marchaba, se dio cuenta de que no estaba preparado para cortar con ella todavía.

El comportamiento de Trish le resultaba desconcertante, y se pregunto si al interpretar el papel de chica buena y amenazar con marcharse pretendía empujarlo a proponer una relación formal cuya conclusión lógica fuera acabar en el altar.

Y aunque esa imagen debería haberle hecho salir huyendo, en aquel momento le dio lo mismo. Todavía la deseaba con un ansia devoradora y, hasta que se cansara de ella, no la dejaría ir.

–Adam, tócame –susurró ella.

–Encantado.

Tomándola en brazos, caminó hacia la pared y le hizo anudar las piernas a su cintura.

–Acabo de decidir que vas a pasar toda la mañana conmigo.

El teléfono sonó en el despacho a las cinco y Trish vio que se

trataba del móvil de Adam.

–Hola, Trish –su voz grave reavivó el deseo en ella. Estaba perdida. Adam continuó–: ¿Te importaría traerme a casa la carpeta Spirit cuando salgas del despacho?

–Claro que no –Trish se amonestó por sentirse desilusionada. ¿Qué esperaba? Después de todo era su jefe y era lógico que llamara por cuestiones laborales.

–Si no tienes planes –añadió Adam–, podría agradecértelo preparando una cena.

¿Adam estaba dispuesto a cocinar para ella? Trish supo que debía declinar la invitación. «Vamos, Trish», intentó animarse. «Abre la boca y di «no». Es sencillo».

–No me parece una buena idea –dijo, irritándose consigo misma por no ser más firme.

–Creía que alimentarte bien era una de tus prioridades. Sueles decirme que no es bueno saltarse comidas –dijo Adam adoptando un tono zalamero.

–No voy a saltarme…

–Escucha, Trish, considéralo una cena de trabajo. Quiero que vengas a cenar para hablar de la fiesta de inauguración.

Trish suspiró.

–Está bien –dijo, avergonzándose de ser tan débil.

–¡Fantástico! Prepararé una barbacoa. Hasta luego –dijo Adam, animado.

Trish colgó con ímpetu y luego se golpeó la cabeza suavemente contra el escritorio. ¿Acaso estaba loca? ¿Qué parte de «no podemos volver a acostarnos» se le había olvidado? ¿Cómo era posible que nada más decirlo hubiera vuelto a caer en brazos de Adam? Por otro lado ¿quién podría olvidar el sexo salvaje que habían experimentado contra la pared?

–Perdone –dijo una dulce voz femenina–. ¿Está Adam Duke?

Trish alzó la cabeza sobresaltada.

–Hola –se puso en pie y se estiró la chaqueta al tiempo que observaba a la mujer, algo más baja que ella y mucho más exuberante.

No la conocía y se preguntó si se trataría de una cliente.

Llevaba un vestido rojo con un generoso escote y el cabello rubio recogido en un atractivo moño. Era preciosa, y por el tipo de accesorios que llevaba, debía de ser rica.
–Lo siento, pero el señor Duke no está disponible. –¿Está segura? –preguntó la mujer, obviamente decepcionada.

–Sí.

–Me habían dicho que solía trabajar hasta tarde, así que he decidido arriesgarme –dijo con un suspiro. Abrió el bolso y sacó una tarjeta de visita que le tendió–. Tendrá que ser en otra ocasión.

–¿Es usted amiga de Adam? –preguntó Trish, apretando la tarjeta entre los dedos.

–Soy Brenda –dijo la mujer en tono seductor–. Él sabe quién soy. Otra vez será.

–Yo le daré su tarjeta.

–Gracias –Brenda le dedicó una sonrisa espléndida–. Seguro que le agrada saber que he venido. Y por favor, dígale que estoy deseando conocerle mejor.

Trish sonrió en tensión.

–Se lo diré.

–Muchas gracias –dijo Brenda. Y se alejó por el corredor.

–No, no, gracias a ti –masculló Trish mientras la seguía con la mirada.

Las patatas se estaban asando, el vino estaba abierto y la carne llevaba un rato marinándose. Cuando el timbre sonó, Adam metió la ensalada que acababa de preparar en el frigorífico, corrió a la puerta y la abrió con una sonrisa resplandeciente.

–Adelante.

–Lo siento, pero no puedo quedarme –dijo Trish con frialdad al tiempo que le daba la carpeta bruscamente.

–¿Por qué? –preguntó Adam, desconcertado, evitando a duras penas que se le cayera.

–Había olvidado que tenía una cita –respondió Trish apretando los dientes–. Por cierto, Brenda me ha pedido que te salude de su parte.

–¿Quién es Brenda?

–¿Sales con tantas mujeres que no recuerdas su nombre? –preguntó Trish con altivez. Sin esperar respuesta, le dio la tarjeta–. Me pidió que te diera esto. Todavía estás a tiempo de invitarla a cenar. –Trish, esto es ridículo. ¿Qué está pasando?

–Que todo ha sido un error. Pero la culpa es mía, no tuya. Eres mi jefe y no debería haberme dejado llevar.

–No te entiendo. Por favor, Trish, no…

–Buenas noches, Adam.

–Espera, ¿al menos te veré el lunes?

Trish se irguió con dignidad.

–Ya te he dicho que no te dejaré en la estacada y siempre cumplo mi palabra.

Adam tuvo la impresión de que estaba punto de echarse a llorar y le tomó la mano.

–No sé qué ha pasado, pero podemos…

–No, lo siento –Trish se soltó y dio un paso atrás–. No puedo, de verdad que no puedo.

–Un poco más a la izquierda, chicos –dijo Sally. Y Adam y Brandon refunfuñaron al unísono–. ¿No os parece que queda mejor centrado bajo la ventana?

–Sí –dijo Adam al tiempo que movía el pesado sofá unos centímetros, antes de dejar en el suelo su lado y secarse la frente de sudor–. Tienes razón, está perfecto, mamá, y de aquí no vamos a moverlo.

Era sábado por la tarde y Sally había decidido cambiar los muebles de sitio. Solía pasarle a menudo, y sus hijos no protestaban porque a cambio les daba cerveza y pizza.

–¡Cam, tráeme una cerveza! –gritó Adam.

Cameron respondió desde la cocina.

–¡Ahora mismo!

–¡Y a mí otra! –gritó Brandon.

Sally siguió mirando a su alrededor para decidir si estaba satisfecha con los cambios. Cameron apareció con tres botellas, pasó dos de ellas a sus hermanos y dio un largo trago a la suya.

–Creo que lo hemos dejado perfecto –dijo Sally, finalmente.

Adam rió.

–Me alegro, mamá, porque no estaba dispuesto a seguir trabajando.

–Este sofá pesa una tonelada –dijo Brandon, sentándose en él y poniendo los pies sobre la mesa de café.

Sally se sentó a su lado y le dio una palmadita en el brazo.

–Por eso os pido ayuda, cariño. Quita los pies de la mesa, por favor.

Brandon obedeció, pero no sin poner cara de fastidio.

–¿Habéis visto cómo me quiere? –bromeó. Y sus hermanos rieron.

Cameron se sentó en un sillón y preguntó a Adam, que estaba apoyado contra la pared:

–¿Qué tal fue la inspección del aparcamiento?

–Bien. Trish pasó todas las notas a limpio al día siguiente y mandamos una carta a los abogados. Bob Paxton hará las reformas en un par de semanas.

–¡Qué rápido!

–Así es. Está muy motivado.

–Supongo que por el enfado que debe tener.

–Exactamente –Adam tomó una silla de la mesa de juegos y se sentó. Bastaba mencionar a Trish para que volviera a preguntarse qué habría pasado la noche anterior.

¿Qué podía haber sucedido entre las cinco y la hora a la que llegó a su casa? ¿Y quién era Brenda?

Tenía que reconocer que la echaba de menos. Y como no quería dar ningún significado a ese sentimiento, se convenció de que la necesitaba como empleada y que le preocupaba que le hubiera pasado algo.

–¿Qué tal está Trish? –preguntó Brandon con aparente naturalidad.

Adam le lanzó una mirada amenazadora, pero guardó silencio.

–¿Quién es Trish? –preguntó Sally.

–Es mi ayudante, mamá –respondió Adam en tensión–. Como si no lo supieras.

–Ah, he hablado con ella por teléfono. Parece muy agradable.

Cameron dejó escapar una risita.

–¿Quién es Trish? –Brandon repitió la pregunta imitando a su madre–. Tiene gracia que lo preguntes, mamá.

–¿Por qué? –Sally miró a sus hijos de hito en hito–. Se ve que no entiendo vuestro sentido del humor.

–Ya sabes que Brandon tiene un humor peculiar –dijo Cameron. –Es verdad –admitió Sally. Pero mirando fijamen

te a Brandon añadió–: ¿Por qué no me explicas qué te hace tanta gracia?

Brandon intercambió una mirada con sus hermanos y, con un encogimiento de hombros, dijo:

–Supongo que tenía que pasar.

–Te toca a ti –dijo Cameron a su vez, poniéndose en pie–. Voy a por más cerveza. ¿Quieres algo, mamá?

–Cobarde –dijo Adam entre dientes.

–Así es –Cameron sonrió–. No puedo soportar la sangre.

–Será mejor que tome una copa de vino –dijo Sally sin apartar los ojos de Brandon, que empezaba a sentirse nervioso.

–Enseguida te lo traigo –dijo Cameron. Y fue a la cocina silbando.

–¿Vas a contarme de qué estás hablando? –preguntó Sally.

Brandon le apretó la mano afectuosamente.

–Mamá, sabemos que lo has planeado todo.

–¿El qué?

–Lo de Trish y Adam, con la ayuda de Marjorie.

Sally ladeó la cabeza y lo miró perpleja. Adam sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Su madre no era tan buena actriz.

Cameron entró y le dio una copa de vino.

–Gracias, cariño. Creo que voy a necesitarlo –dio un sorbo y, mirando a Adam, preguntó–: ¿Puedes decirme a qué se refiere Brandon?

Adam frunció el ceño al sentir la duda afianzar-se en su mente. ¿Habría cometido un error? ¿Estaría fingiendo su madre?

Empezaba a parecer imposible.

–Trish es la ayudante que recomendó Marjorie –aclaró.

–¿Qué ha pasado con Cheryl?

–Está embarazada y ha dimitido.

Sally aplaudió.

–¡Qué maravilla! Tengo que mandarle un regalo.

–Mamá, concéntrate –Brandon se inclinó hacia delante para reclamar su atención–. Sabemos que tú conseguiste que Trish trabajara para Adam.

Sally pestañeó.

–¿Que yo hice qué?

–Sabemos que quieres que nos casemos y te demos nietos y… –Brandon movió las manos en el aire–. Bla, bla, bla.

Sally entornó los ojos.

–Claro que quiero nietos, pero… ¿Cómo dices que se llama la chica que he puesto a trabajar con Adam?

–Trish –dijo Brandon, que empezaba a perder la paciencia.

–Ajá, Trish –repitió Sally como si reflexionara–. ¿Y recuérdame qué he hecho?

Brandon miró a sus hermanos con preocupación: ¿estaría perdiendo su madre la cabeza? Pero Adam sabía que no era así, sino que Sally le estaba tomando el pelo. Y de no ser porque su vida estaba en juego, habría disfrutado de la escena.

–Marjorie te ayudó –explicó Cameron. –Claro –Sally asintió–. Marjorie es una buena amiga. –Exactamente –intervino de nuevo Brandon–.

¿Así que no niegas haber sido tú quien lo ha organizado todo?

–¿Por qué iba a negarlo? –replicó Sally–. Parece un plan muy inteligente.

–No esperamos menos de ti, mamá –dijo Cameron.

–Gracias, cariño –Sally miró entonces a Adam con ojos brillantes–. Esta conversación sobre planes y mujeres me acaba de recordar una cosa: ¿Has salido con Brenda?

Adam se puso en pie con expresión alarmada.

–¿Quién es Brenda?

–Eso, ¿quién es Brenda? –repitió Brandon.

Sally se reclinó en el respaldo con una sonrisa de satisfacción.

–Brenda es la hija del médico de Geraldine Sharkey.

–¿Geraldine? ¿Tu amiga del hospital? –preguntó Cameron.

–Así es –dijo Sally, alegrándose de que Cameron lo recordara–. Jugamos a canasta a menudo. Quería presentar a la hija del doctor Brisbane a algún hombre agradable, así que le di el teléfono de la oficina de Adam.

–¡Maldita sea! –masculló Adam. La misteriosa Brenda. Pero si ésa era la mujer que su madre le había buscado, entonces…–. En lugar de llamar se presentó sin previo aviso.

–Lo que no entiendo, mamá, es por qué mandaste a Brenda cuando ya habías organizado lo de Trish –preguntó Brandon, desconcertado.

–¿Qué tiene que ver Brenda con la ayudante de Adam? –preguntó a su vez Sally.

–Esto no tiene gracia –dijo Adam, recorriendo la habitación de arriba y abajo–. Mamá, estoy encantada con el trabajo de Trish y no quiero que hagas planes por mí, así que manda a Brenda a otro.

–¿Es sexy? –preguntó Brandon al instante.

Cameron soltó una carcajada.

Sally detuvo a Adam en mitad de la sala y entrelazó su brazo con el de él.

–Adam, debes saber que no he tenido nada que ver con lo de tu ayudante.

–Acabo de darme cuenta, mamá.

Que Adam creyera a su madre significaba que Trish era inocente y que había sido injusto con ella al tratarla con desconfianza.

–Tengo la impresión de que te gusta –comentó su madre con cautela.

–No te hagas ilusiones –le advirtió él.

–Cariño, siempre pienso lo mejor de ti y nunca me decepcionas –respondió ella, sonriente.

Adam suspiró. ¿Cómo iba a enfadarse con la mujer que le había enseñado lo que era el amor? –Y tú a mí tampoco, mamá. –Cariño,

vas a hacerme llorar –Sally le dio un fuerte abrazo y Adam se sintió despreciable. No podía decirle que había maltratado y seducido a una mujer inocente… en todos los sentidos.

Más tarde, cuando volvía en coche a su casa, recordó cómo había engatusado a Trish en Fantasy Mountain, y cómo, al día siguiente, ella le había entregado su virginidad.

Había creído que Trish quería su dinero, que era cómplice de su madre, pero se había equivocado. Trish era honesta y le gustaba. Mucho.

–Maldita sea –masculló, dando un puñetazo al volante.

Encontraría una manera de compensarla por lo que había hecho. La invitaría a salir, la trataría como a una princesa. Le explicaría lo de Brenda y luego le haría el amor toda la noche. Toda la semana. Todo el mes.

Sabía que sólo sería pasajero porque la palabra «siempre» no entraba en su vocabulario, y que llegaría un momento en que la dejaría marchar pero, hasta entonces, podrían disfrutar al máximo el uno del otro.

Capítulo Nueve

Trish no tenía éxito.

Hacía ya dos semanas que la elegante Brenda había aparecido en el despacho, arruinando su fin de semana. Pero para cuando llegó el lunes, había reflexionado y casi estaba agradecida a la desconocida por haberle abierto los ojos y haberle ayudado a recordar la razón por la que estaba trabajando para Adam Duke. A partir de ese día, se había dedicado en cuerpo y alma a buscar algo con lo que poder desprestigiar a su jefe, y aunque seguía sin encontrar nada, no pensaba darse por vencida.

Entre tanto, Adam le había explicado la aparición de Brenda como resultado de la obsesión de su madre por casarlo, algo que no pensaba hacer en su vida. Y Trish lo creyó.

Ambos habían reído cuando Adam describió la tenaz insistencia de su madre, y Trish había aceptado sus disculpas. Aunque eso no significaba que hubiera olvidado.

Abrió un cajón y dejó dos carpetas en su sitio. Adam estaba fuera de la oficina y ella estaba aprovechando para repasar los documentos que ya había revisado por si se le había escapado algún detalle.

Pero sus pensamientos volvían constantemente a Adam y a lo detallista que había sido aquellas dos semanas para conseguir ablandarla. Había estado divertido y encantador, y estaba a punto de conseguir que cediera.

El martes había dejado una rosa blanca sobre su escritorio diciéndole que le recordaba su excepcional belleza y estilo. Luego le dio un beso que la había derretido.

Trish hundió la cabeza en las manos. Tenía que luchar y resistir. No ya por ella, sino por todos aquéllos a quienes amaba. Alzó la cabeza y abrió otra carpeta con determinación. Pero en cuestión de minutos estaba pensando de nuevo en Adam y se preguntó si no había llegado el momento de darse por vencida y

aceptar lo inevitable aun sabiendo que sería pasajero. Al menos con ella. Adam había sido muy claro respecto a su rechazo del matrimonio. Y en cualquier caso, si alguna vez llegaba a casarse, no sería con alguien como ella, si no con una mujer de su clase, sofisticada y con experiencia. En cambio ella, aunque confiaba en viajar en algún momento de su vida, quería formar una familia y tener un hogar.

Sin embargo, Adam la deseaba para el presente. Y ella a él. Y quizá debía disfrutarlo mientas durara. En lugar de pensar en el futuro, viviría el momento, y conseguiría que Adam Duke le dejara los bastantes recuerdos maravillosos como para alimentarse de ellos el resto de su vida.

Había sido un día horrible. Había tenido que apagar un fuego tras de otro, resolver problemas y desactivar posibles conflictos. Se había ganado el sueldo. Pero debía aprovechar que Adam había ido a una cena de trabajo para seguir con la revisión de las carpetas. Ya no quería destrozarlo, le bastaba con encontrar alguna información que, filtrada a la prensa, lo pusiera en una situación incómoda. Se lo debía a sus viejos amigos y a su abuela.

Viendo que no lograba concentrarse y que estaba demasiado distraída, llegó a un acuerdo consigo misma entre su corazón y su conciencia, y tras una hora de investigación, decidió dar la jornada por concluida.

Como recordaba que no tenía nada para cenar, se detuvo de camino a su casa para ir a un supermercado. Hacía frío y, al abotonarse el abrigo, recordó la noche en Fantasy Mountain, cuando Adam la había besado por primera vez. En dos semanas volverían para la inauguración, y Adam le había prometido pasar allí un par de días antes de la fiesta y disfrutar a solas del hotel. Pero sólo había una actividad a la que ella quería dedicarse, y tenía lugar sobre la cama.

Distraída con esa imagen, llegó a la puerta del supermercado y, al abrir, chocó con un hombre al que tuvo que sujetar para que no se cayera al suelo por el impacto.

–Lo siento –se disculpó–. ¿Le he hecho daño?

–No, estoy bien –dijo el hombre.

Trish lo miró con más atención y exclamó:

–¿Sam? ¿Sam Sutter?

–¿Trish? –dijo él a su vez, estrechándola en un afectuoso abrazo.

–Sam, ¡te he echado mucho de menos!

La risa de alegría de Sam se transformó en una tos cavernosa.

–¿Estás bien? –preguntó Trish–. Entremos.

Sam Sutter era un viejo amigo de la abuela Anna, dueño de la tienda de bicicletas del barrio. Él le había regalado su primer triciclo y le había enseñado a montar.

Su antiguo vecino parecía haber envejecido una década en los últimos meses, y Trish quiso pensar que se debía al catarro. Aunque había dejado de toser, respiraba fatigosamente.

–No parece que te encuentres bien, Sam –comentó mientras tomaba un carro y se dirigían a la zona de lácteos.

–No lo estoy. Creo que el catarro va a convertirse en una bronquitis –dijo él, sonándose la nariz.

Trish metió un litro de leche en el carro y entrelazó el brazo con el de Sam mientras seguían caminando.

–Deberías ir al médico.

–Lo sé, cariño, pero no tengo dinero. Tendré que conformarme con un jarabe y aspirinas.

–¿Te has vacunado contra la gripe?

–Todavía no. Intentaré buscar un hueco en mi apretada agenda –Sam sonrió con tristeza–. Eres muy amable, Trish.

Ella le apretó la mano.

–Te he echado mucho de menos.

–Yo también a ti –Sam rió quedamente–. ¡Qué bien lo pasábamos en los viejos tiempos! Por cierto, el otro día me encontré con Bert Lindsay.

Bert y su mujer, Tommie, tenían un salón de belleza en Victorian Village.

–¿Qué tal están? –preguntó Trish, a la vez que maniobraba con el carro para pasar al siguiente pasillo.

–Tommie tiene dolores por la artritis, pero mantiene una buena actitud.

–Intentaré pasar a visitarlos la semana que viene.

–Les encantaría –Sam esperó a que Trish seleccionara un calabacín antes de añadir–: Bert me ha dicho que estás trabajando con Duke.

Trish suspiró.

–Así es.

–Siempre fuiste una chica lista –Sam entornó los ojos–. Espero que puedas encontrar algo con lo que asustarlo.

Trish se sintió abrumada por la culpa.

–No estoy segura, Sam.

Él posó la mano en su hombro para consolarla.

–No te preocupes, cariño. Nos basta con que lo intentes.

–Prometo que… que haré lo que pueda.

Llegaron a la zona de medicamentos y Sam tomó una caja de aspirinas y un frasco de jarabe contra la tos.

–Nada nos devolverá el barrio, pero no estaría mal que Adam Duke se diera cuenta del daño que ha causado.

–Tienes razón.

Trish no se atrevía a mirar a Sam a los ojos sabiendo que le había traicionado a él y a sus demás amigos al haberse dejado seducir por Adam. ¿Qué pensarían si lo supieran? Eran tan maravillosos que con toda seguridad la perdonarían, pero no estaba segura de poder ser tan benevolente consigo misma.

Al llegar a la caja, Sam hizo ademán de pagar, pero Trish lo detuvo.

–Deja que pague yo –dijo, sacando la tarjeta de crédito.

–Ni hablar, querida.

–Pero si es la tarjeta de la compañía –mintió Trish–. Deja que pague Duke.

Sam dejó escapar una carcajada.

–Si es así, de acuerdo.

Al salir, Trish, preguntó:

–¿Puedo hacer algo por ti, Sam?

–No necesito nada, querida. Me ha bastado con verte.

–¿Cojeas?

–Un poco –Sam hizo un gesto con la mano para quitarle

importancia–. El médico quiere operarme la cadera, pero me niego.

–¡Podría cambiarte la vida, Sam!

–Puede –el anciano blandió un dedo en el aire–. Pero no me quitará años. Te aseguro que envejecer no le sienta bien a nadie.

Trish rió.

–Eso decía siempre la abuela Anna.

–También a ella la echo de menos. Era una mujer excepcional.

–Yo también la echo de menos.

–Ya hemos llegado a mi camioneta –Sam le dio un fuerte abrazo de despedida–. Cuídate y recuerda que estamos orgullosos de ti.

–Gracias, Sam. Adiós.

Trish esperó a verlo partir antes de dirigirse a su coche con el corazón encogido, sintiéndose una traidora.

Adam metió otra carpeta en su maletín.

–¿Está resuelto lo de la orquesta? Sé que has tenido problemas con el representante del sindicato.

–Todo está resuelto –contestó Trish–. Sólo quería asegurarse de que tendrían dos descansos durante la velada.

–¿Qué pasará durante los descansos?

Trish sonrió.

–He contratado a un fantástico DJ.

–¡Eres increíble!

–Gracias.

–De nada –dijo Adam sonriendo, antes de volver la mirada a la lista de preparativos que Trish le había dado–. Así que la música está, la alfombra roja, también. Las limusinas recogerán a los invitados en el aeropuerto, los fotógrafos han sido contratados y hemos avisado a todas las cadenas de televisión. ¡Fantástico! ¿Has hecho ya el equipaje?

–Casi –Trish ojeó su lista–. Por cierto, el avión de la compañía llevará a tu madre y a sus tres amigas. Luego volverá a por tus hermanos y sus acompañantes.

–Gracias de nuevo –Adam la atrajo hacia sí y la besó en la

frente–. Me alegro de ir dos días antes.

–Los necesitaremos para que todo esté listo.

–Pero no trabajaremos todo el tiempo –Adam ya le había dicho que quería aquellos días para disfrutar con ella de unas minivacaciones.

Podían hacer lo que quisieran: esquiar, subir a la montaña, recibir un masaje, ir al spa, hacerse la pedicura. Adam había prometido cumplir todos los deseos de Trish mientras ella estuviera a su disposición cada noche. Y Trish se estremecía con sólo pensar en las cosas que le había dicho que le haría.

Sólo le quedaba una cosa por hacer antes de la partida: comprarse un vestido para la fiesta. Y sólo le quedaba aquella tarde.

–Bueno, puesto que todo está en orden –Adam cerró el maletín–, me voy a la reunión con la gente de SyCom.

Trish le pasó una carpeta delgada.

–Aquí tienes las notas para la reunión.

–¿Qué haría yo sin ti? –Adam la abrazó y la besó–. Mmm, ¿todavía estoy a tiempo de cancelar la reunión?

Trish sonrió pensando que a ella también le gustaría.

–Será mejor que te vayas –dijo.

–Sí, señora –Adam sonrió y, haciendo un saludo militar, tomó el maletín y se fue.

Trish contempló el desordenado escritorio de Adam y decidió recogerlo después de ir de compras.

Dos horas más tarde, estaba de vuelta en el despacho con la seguridad de haber encontrado el vestido perfecto y, tras ordenar su mesa, pasó al despacho de Adam.

Su escritorio estaba cubierto de papeles, tazas de café vacías y una magdalena a medio comer. En primer lugar puso los documentos para clasificar en un carrito, intentando identificar las carpetas a las que pertenecían; metió los bolígrafos y los clips en un cajón, tiró la magdalena y dejó las tazas en la cocina.

Después, llevó el carrito a su escritorio para revisar y clasificar los papeles. Tras una hora de trabajo, llegó al final del montón y encontró una carpeta con un nombre desconocido para ella: Vista

del Lago. Por curiosidad, echó una ojeada y sacó una carta para averiguar de qué se trataba.

Al llegar al final del primer párrafo se dejó caer en la silla con ojos desorbitados mientras seguía leyendo. Se trataba de una notificación a los residentes de Vista del Lago para que abandonaran su casa y permitieran la demolición del edificio.

La circular informativa interna dirigida a Adam estaba marcada como Privada y confidencial, y en ella se enumeraban las razones por las que el edificio sería demolido: estaba cerca de la playa, por lo que el solar valía millones; el edifico necesitaba reparaciones que encarecían la restauración; los inquilinos eran mayoritariamente jubilados a los que no se les podía subir la renta. Así que lo más sencillo era conseguir una orden de desalojo y proceder a la demolición.

Trish sacudió la cabeza. La fría circular continuaba explicando que en el lugar de Vista del Lago se construiría una urbanización de lujo que proporcionaría grandes beneficios a la compañía.

No supo cuánto tiempo pasó mirando al vacío en estado de shock. Tenía en sus manos la prueba que había buscado contra a Adam desde el principio, pero su mente se debatía entre olvidarla o propagarla a los cuatro vientos.

Pero ¿cómo iba a olvidarse de ella si describía una situación prácticamente igual a la de Victorian Village? Se le hizo un nudo en el estómago. Quizá la carta y la circular no eran un arma letal, pero representaban el tipo de información sobre el que los periódicos locales caerían como buitres. No destrozaría a Adam Duke, pero supondría un duro golpe para su reputación. Y si la presión de los periódicos y del público era suficientemente fuerte, hasta podía darse el caso de que el proyecto se anulara.

En definitiva, era exactamente lo que necesitaba, pero ¿cómo iba a usarlo contra Adam si estaba enamorada de él?

–¡No! –exclamó con un escalofrío al hacer aquel descubrimiento.

Se puso en pie y caminó hasta el despacho de Adam, que recorrió de arriba abajo como si estuviera ida, antes de detenerse frente a la ventana.

–No, no es posible.

No sabía dónde ir ni cómo esconderse de la verdad que acababa de tomar forma en su mente: estaba enamorada de Adam.

Fue hasta el sofá y se dejó caer en él a la vez que ocultaba el rostro entre las manos. No podía ser. No podía consentirlo. A pesar de sus buenas cualidades, a pesar de ser su amante, Adam seguía siendo el hombre responsable de la desgracia de su familia y de sus vecinos. Él había dado la orden de que se demolieran los hermosos edificios donde su abuela y ella habían vivido y trabajado toda la vida. Él tenía la culpa de que hubieran sido reemplazados por un espantoso aparcamiento de hormigón. Era el mismo hombre que estaba dispuesto a actuar exactamente igual con otro grupo de residentes en Vista del Lago si es que ella no hacía nada para detenerlo.

Alzó la cabeza y miró a su alrededor. Tenía que haber una explicación razonable que justificara sus actos. Cabía la posibilidad de que Adam no tuviera todos los datos. Pero eso era imposible, la prueba estaba sobre su escritorio. ¿Cómo no iba a haber leído aquellos documentos?

Trish tenía ante sí la evidencia de que Adam Duke estaba a punto de destrozar las vidas de otro grupo de víctimas inocentes.

Un hondo pesar la invadió al tiempo que asumía su responsabilidad. Tenía que tomar partido.

Mecánicamente, sin saber ya ni lo que sentía ni qué pensaba, Trish escaneó los documentos de Vista del Lago, los copió en un CD y guardó el disco en el bolso.

Capítulo Diez

Descendieron la escalerilla del avión y Adam respiró profundamente para llenarse los pulmones del aire puro de la montaña. Por fin podía relajarse y pasar un par de días con Trish, olvidando temporalmente el estresante trabajo que los había ocupado las dos últimas semanas. Estaba decidido a mantenerla ocupada en la cama, y a mimarla y darle todo tipo de caprichos el resto del tiempo. Trish había estado muy callada durante todo el viaje, pero Adam lo atribuyó a su miedo a volar.

–¡Cuánto me alegro de estar aquí de nuevo! –exclamó ella, contemplando las montañas al tiempo que se frotaba los brazos–. ¡Qué frío hace!

–Va a nevar –Adam le tomó la mano y la condujo a la limusina–. El chófer nos llevará al hotel y luego volverá por las maletas.

Dentro del coche, le pasó el brazo por los hombros y la pegó a su costado, mientras reflexionaba sobre la mujer que tenía a su lado. El trabajo de Trish había sido magnífico y no le importaba admitir que gracias a ella la fiesta sería un éxito. Ser su ayudante no era un trabajo sencillo, y Trish había superado sus expectativas con creces. Era una trabajadora incansable y tenía un talante excepcional. Pero además de eso, no se cansaba de ella y seguía deseándola como la primera noche. Y aunque sabía que tendrían que acabar, no era capaz de poner fecha a la despedida.

Confiaba en que, cuando se produjera la ruptura, Trish no se sintiera ofendido. Para ello, tendría que expresarse de tal modo que comprendiera que el problema era él y no ella. Había jurado mucho tiempo atrás que nunca se comprometería con nadie. No confiaba en el amor porque sabía que la gente se juraba amor eterno pero acababa odiándose y haciéndose daño. Sólo era cuestión de tiempo.

Sally Duke era una excepción a la regla. Nada más.

Pero el amor romántico estaba abocado al fracaso, y no quería pasar por ese suplicio ni mucho menos hacer daño a Trish en el proceso. Por eso estaba decidido a no mantener nada que pudiera semejarse a una «relación seria». Y Trish era de esas mujeres destinadas a tenerla.

Por el momento, al menos durante aquellos días, estaba ansioso por pasar el tiempo haciéndole el amor. ¿Y qué lugar podía haber más idílico que Fantasy Mountain?

Cuando el ascensor los dejó en la última planta, Adam siguió a Trish hasta la suite presidencial y la observó mientras ella miraba a su alrededor con expresión extasiada. La habitación era espectacular. Tres de las paredes estaban recubiertas de madera clara, mientras que la cuarta era de piedra y en ella había una enorme chimenea. Un sofá de ante verde oscuro y unas encantadoras butacas de madera a juego con una mesa, formaban un rincón de reunión acogedor. Una terraza recorría la fachada, y a ella se accedía por dobles puertas de cristal tanto desde el dormitorio como desde la salita. En el cuarto de baño había una bañera situada delante de la ventana, con vistas a la cumbre nevada de las montañas.

Al entrar en el dormitorio, Trish descubrió un fuego encendido en un hogar más pequeño que el del salón, delante de la cama. Se volvió hacia Adam y comentó:

–Nunca pensé que podría haber una habitación aún mejor que la que usé la otra vez.

–Eso es porque es mayor –dijo Adam.

–No sólo eso –Trish sonrió y volvió hacia el salón–. También es distinta porque la estamos viendo de día.

Adam siguió a Trish, encantado con su reacción de entusiasmo. Ella retiró los visillos para mirar al exterior y luego tiró del cordón. La luz inundó la habitación.

–¡Qué vista más espectacular! –exclamó Trish.

Al girarse para mirar a su espalda, quedó a contraluz, y los rayos del sol formaron un halo a su alrededor que hizo pensar a Adam en una diosa. Nunca había visto a una mujer tan espectacular.

–Eres preciosa –dijo sin poder contenerse.

Trish le dedicó una sonrisa resplandeciente.

–Tú también.

–Es la primera vez que una mujer me dice algo así –Adam se acercó a ella lentamente–. Espero que no hayas hecho ningún plan para la mañana.

–¿Planes? –dijo Trish con picardía.

–Sí. Ven aquí.

Adam la atrajo hacia sí y le dio un beso apasionado. Luego la tomó en brazos y la llevó al dormitorio, donde la dejó sobre la cama antes de incorporarse y empezar a desabrocharse la camisa.

Trish se sentó para quitarse el jersey, pero Adam la detuvo.

–Deja que lo haga yo.

–Date prisa –susurró ella.

–No lo dudes.

Adam volvió a besarla. Sus labios estaban todavía húmedos del beso anterior y su boca resultaba tan tentadora que no pudo esperar. Arrodillándose en la cama, profundizó el beso y sus lenguas se encontraron en un frenético baile. Adam sintió su sexo endurecerse y supo que tenía que dominarse para no estallar antes de tiempo.

Tomó el elástico del jersey de Trish y tiró hacia arriba. El sujetador de encaje negro que quedó al descubierto lo tomó por sorpresa, y con una sonrisa provocadora, recorrió el perfil de uno de sus senos con el dedo antes de meterlo por dentro y pellizcarle el pezón.

–Adam, ya –exigió ella, cerrando los ojos y alzando los brazos.

El gesto hizo que se arqueara levemente hacia atrás y que sus senos se elevaran. Adam dijo algo entre dientes y le soltó el sujetador, dejando a la vista sus suaves y redondos senos y sus duros pezones.

–Eres perfecta –dijo. Y agachó la cabeza para saborear primero uno y luego el otro.

Con celeridad, le quitó los pantalones y fue deslizándose hacia abajo dejando un rastro de besos en su vientre, hasta que llegó a la

diminuto triángulo de encaje negro que llevaba Trish y que arrancó de su garganta un nuevo comentario.

–¡Estás tan sexy!

Con una mano dio un suave tirón al tanga y la fricción del tejido con sus partes íntimas hizo gemir a Trish, lo que a su vez aceleró la sangre de Adam. Metiendo la mano por debajo del tanga, encontró su punto sensible y la penetró con el dedo.

–¡Y tan húmeda!

Le quitó la prenda y colocó allí su boca, besándola primero, luego lamiéndola y finalmente devorándola.

Los jadeos de Trish incrementaron su excitación. Adam recorrió sus firmes muslos con las manos, le tomó los tobillos y se los pasó por los hombros sin dejar de succionar su centro caliente y húmedo.

Conseguir arrastrarla a un violento clímax casi lo llevó a él al límite. Un deseo abrasador, doloroso y urgente, se apoderó de él mientras trepaba hacia arriba para mirarla a los ojos.

–Eres el ser más perfecto de la creación –susurró sin poder dejar de tocarla.

–Y tú llevas demasiada ropa –musitó ella, buscando la hebilla de su cinturón.

Adam rió, se puso en pie y, tras desnudarse, se colocó un preservativo. Luego, admirando las bellas facciones de Trish enmarcadas por su largo cabello y su cuerpo voluptuoso estirado en la cama, se echó sobre ella y la penetró lentamente al tiempo que apretaba los dientes para no perder el control al sentir su ajustada presión.

Empezó a moverse con la misma lentitud, profundizando poco a poco en su interior, perdiéndose en su húmedo calor. Según aceleraba, sintió un intenso anhelo en lo más profundo de su ser que no quiso analizar.

Las piernas de Trish se anudaban a su cintura, facilitándole el acceso y permitiendo que alcanzara el fondo de su cueva. Su respiración era cada vez más agitada, y cuando sus senos adquirieron un tono rosa oscuro, Adam supo que iba a alcanzar el clímax.

–Déjate llevar, cariño –susurró, desacelerando, saliendo prácticamente de ella.

Trish abrió los ojos alarmada y entonces él la penetró de un solo impulso, profundamente, como si quisiera perderse en ella. Agachó la cabeza y la besó, absorbiendo sus gemidos, meciendo las caderas frenéticamente. Alrededor de los ojos de Trish se formaron círculos oscuros y Adam continuó imparable, entrechocando con ellas, sus cuerpos sudorosos y calientes, su deseo incontenible, arrollador.

Adam vio que la mirada de Trish se nublaba una fracción de segundo antes de que estallara nuevamente con un grito prolongado. Él la besó para saborear su pasión, su dulzor, y perdió el control. Su cuerpo se tensó hasta casi resultarle doloroso antes de vaciarse completamente dentro de Trish.

***

Dos días más tarde tuvo lugar la fiesta de inauguración. Había nevado durante la tarde y Fantasy Mountain se había transformado en un lugar de ensueño.

Adam y Trish habían vuelto al trabajo hacía horas, dejando atrás las horas de placer. En aquel momento, Adam recibía en lo alto de la escalinata que daba acceso al gran salón de entrada a los invitados. Adinerados inversores, numerosas celebridades, viejos amigos e incluso algunos representantes de la competencia se iban a reunir para disfrutar del fin de semana de celebraciones. Los hermanos de Adam y los ejecutivos de la compañía estaban en el interior agasajando a los invitados.

Los paparazzi se agolpaban en el exterior, iluminando la oscuridad con sus flashes, y los locutores de televisión se alineaban a lo largo de la alfombra roja para entrevistar a los recién llegados. A lo largo del recorrido se habían instalado lámparas de calor para contrarrestar el frío de la noche.

Desde donde se encontraba, Adam podía observar a Trish, que con un walkie-talkie coordinaba la llegada de las limusinas y el servicio de mayordomos. Llevaba vaqueros, botas y un forro polar, y corría de un extremo a otro ocupándose de que no se

produjera ningún fallo. Se detenía para hablar con un miembro del servicio, luego reía la broma de un fotógrafo. Tenía la habilidad de conseguir que todo el mundo se sintiera cómodo. Irradiaba seguridad en sí misma y calidez, y era evidente que todos los implicados en la organización se habían enamorado de ella.

Todos.

Adam frunció el ceño y se pasó el dedo entre la camisa y el cuello. ¿Por qué hacía de pronto tanto calor?

Sally se le acercó y le pasó el brazo por la cintura.

–Cariño, está todo perfecto. El hotel es impresionante.

–Gracias –Adam le apretó los hombros afectuosamente–. Estás preciosa.

Su madre vestía una camisa de satén con una falda negra de tafetán, y llevaba el cabello recogido en un moño trenzado que dejaba a la vista unos pendientes largos de brillantes.

–Gracias –dijo ella, sonriente–. ¿No es hora de empezar?

–Faltan veinte minutos –Adam miró el reloj. Luego llamó la atención de jefe de mayordomos y, dando un golpecito con los dedos en la esfera, señaló a Trish.

Era la señal que habían convenido, y en unos segundos, Trish se reunió con él. –Ya verás como estoy lista a tiempo –dijo, subiendo con rapidez las escaleras hacia el hotel.

Dejándose llevar por un impulso, Adam se interpuso en su camino, la tomó en brazos, le dio una vuelta en el aire y la besó antes de devolverla al suelo, jadeante.

–Tienes quince minutos para vestirte y bajar.

–Estás consiguiendo que me retrase –dijo ella, dándole una palmada en el brazo. Luego abrió los ojos desmesuradamente–. ¿Ésta es tu madre?

–Sí –Adam se volvió–. Mamá, ésta es Trish.

–Hemos hablado por teléfono –dijo Sally, estrechando la mano de Trish–. Me alegra conocerte en persona.

–Igualmente, señora Duke.

–Llámame Sally, querida.

–Gracias –Trish sonrió–. Está guapísima.

–¡Qué encantadora eres! –dijo Sally, ahuecándose el cabello.

–Sí que lo es –intervino Adam–. Y ahora, ponte en marcha –besó de nuevo a Trish y ella rió cuando le dio una palmadita en el trasero para empujarla.

–Así que ésta es Trish –comentó su madre un instante después.

–Sí –respondió Adam, súbitamente irritado consigo mismo por haber dado una muestra pública de su afecto.

–Es perfecta –dijo Sally en voz baja.

Su tono despertó la suspicacia de Adam. Sally alzó las manos con expresión inocente.

–¿Qué quieres decir?

–Sólo eso: que es una chica encantadora. Y Marjorie me ha dicho que es una gran trabajadora.

Adam entornó los ojos:

–¿Qué más te ha dicho Marjorie?

–¡Ay, Adam! –Sally rió quedamente–. ¡Si tú supieras…!

–Mamá.

–Cariño, no frunzas el ceño o asustarás a los invitados.

Adam sacudió la cabeza y le ofreció el brazo.

–¿Qué te parece si te escolto al interior?

–Fenomenal.

Con su madre como acompañante, Adam recorrió el salón actuando de anfitrión durante los siguientes veinte minutos. Los invitados elogiaron la elegancia rústica del hotel y el precioso salón, y agradecieron calurosamente la cesta de bienvenida que habían encontrado en sus dormitorios. Trish había seleccionado los componentes con su aprobación: champán, fruta fresca, quesos y aperitivos, vales para tratamientos en el spa junto con productos de belleza de la exclusiva línea del hotel, así como un albornoz y una toalla.

Adam pensó en la reacción de su madre al conocer a Trish, y se dio cuenta de que tendría que terminar su relación con ella en cuanto volvieran a la ciudad. Cuando acabara la fiesta de inauguración, su romance habría concluido y volvería a su rutina habitual. Estaba seguro de que la echaría de menos ocasionalmente, especialmente en el despacho, pero no podía

hacer otra cosa. Y una vez tomada la decisión, supo que, a pesar de la presión que sintió en el pecho, la cumpliría.

A la vez que saludaba al alcalde de un pequeño pueblo al norte de Dunsmuir Bay, oyó que se elevaba un murmullo entre la gente.

–¡Dios mío! –oyó susurrar a su madre–. Está espectacular.

Adam se volvió y se quedó mudo mirando al otro lado de la sala. Trish llevaba un vestido palabra de honor que se ajustaba a sus senos y luego caía delicadamente hasta el suelo, insinuando cada una de sus curvas. Estaba clásica y elegante. E irresistiblemente sexy. El cabello suelto le acariciaba los hombros y un collar de diamantes abrazaba su cuello, reclamando la mirada de Adam de nuevo hacia sus magníficos senos. Parecía una diosa emergiendo de las aguas. Nunca había estado tan hermosa.

Brandon acudió a la puerta a saludarla, y se presentó al tiempo que le ofrecía una copa de champán que capturaba de una de la bandeja de un camarero que pasó a su lado. Al verla beber, Adam sintió un presión en su interior al recordar los dos apasionados días que habían pasado en la suite del hotel. Habían explorado sus respectivos cuerpos todo el día y la noche. Y tras unas horas de sueño, habían empezado de nuevo. El recuerdo de las piernas de Trish enredadas a su cintura, de su cuerpo arqueándose contra el de él, de sus gemidos de placer, despertaron una excitación instantánea que tuvo que reprimir apretando los dientes.

Miró el reloj para comprobar cuánto tiempo tendría que pasar ocupándose de los invitados antes de secuestrar a Trish y llevarla de vuelta a la suite. Apenas podía esperar a desnudarla.

–Aun a riesgo de repetirme: es encantadora –comentó Sally, entrelazando su brazo con el de él.

Adam la miró con expresión seria.

–También es una magnífica ayudante: lista, leal, extremadamente organizada y con mucho talento –y extraordinaria en la cama, que era el lugar donde Adam habría querido tenerla en aquel mismo instante.

Sally le dio una palmadita maternal en la mano.

–Me alegro de que tengas a alguien tan eficaz trabajando para ti, cariño.

Adam inspiró y espiró lentamente.

–Yo también.

La orquesta empezó a tocar un tema animado y Adam vio que Brandon guiaba a Trish a la pista de baile.

–¡Maldita sea! –masculló Adam. ¿Era necesario que Brandon apretara tanto a Trish contra sí? Iba a dejarla sin respiración.

Sally rió.

–¿Por qué no bailas conmigo en lugar de quedarte ahí con el ceño fruncido? Los invitados van a creer que pasa algo malo.

–Tienes razón –masculló él, al tiempo que iba con ella a la pista.

Tras unos minutos bailando, Sally lo miró sonriente.

–Bailas maravillosamente, Adam.

Él enarcó una ceja.

–¿Te extraña? Arriesgué mi vida para aprender el fox trot.

Sally rió. Adam nunca había llegado a comprender cómo Sally había conseguido obligarles a recibir clases de baile cuando tenían trece años. Cuando sus compañeros de colegio se enteraron, se convirtieron en blanco de sus insultos y empezaron las peleas. Los chicos hacían lo que podían, pero solían volver a casa con los nudillos ensangrentados y los ojos morados. Pero en lugar de cancelar las clases de baile, Sally los apuntó a clases de artes marciales y de boxeo.

Adam dejó escapar un risa sofocada al recordar que también les había enseñado a cocinar y a lavar la ropa. Siempre decía que quería educar a hombres completos que algún día se convertirían en buenos maridos.

Adam estaba encantado de ser un hombre completo, pero no tenía la menor intención de convertirse en el marido de nadie.

–Todas las mujeres adoran que un hombre baile bien –comentó Sally con ojos brillantes al tiempo que miraba al otro lado del salón.

Adam siguió su mirada y se le formó un nudo en el estómago al ver a Trish riendo y coqueteando en brazos de su hermano.

La canción terminó y Brandon y ella aplaudieron cortésmente.

–Ha sido un placer conocerte, Brandon –dijo Trish. Y le sorprendió descubrir hasta qué punto era sincera.

Le había inquietado descubrir que el hombre dicharachero que había acudido a saludarla a la puerta era el hermano de Adam, pero pronto se había dado cuenta de que era un inofensivo oso de peluche y que bailaba divinamente. Era un poco más alto y más corpulento que su hermano. Muy guapo, aunque no tanto como Adam.

–Lo mismo digo –contestó Brandon–. He oído hablar mucho de ti.

–¿De verdad? ¿Qué tipo de cosas? –preguntó Trish con cautela.

–Todas buenas –la tranquilizó él.

–Quizá debería preocuparme.

–En absoluto –Brandon rió–. Pienso probar los bares del puerto que me has recomendado en cuanto pueda. Gracias por la recomendación.

–De nada. Espero que me cuentes qué te parecen –respondió Trish.

Mientras Brandon seguía charlando, Trish miró a su alrededor y, cuando su mirada se cruzó con la de Adam, se ruborizó al notar que la observaba intensamente.

Estaba junto a Sally, que lo miraba con una expresión de orgullo que Trish podía entender a la perfección. Adam estaba extremadamente atractivo en su chaqué, y Trish se estremeció al recordar los momentos que habían pasado en la bañera haciendo el amor. Luego se habían vestido lentamente. Ella, ayudándole con la pajarita y con los gemelos. Él, subiéndole la cremallera de los vaqueros milímetro a milímetro, rozándole la piel con los dedos, provocando hondas de placer que reverberaron por todo su cuerpo.

Casi no había conseguido bajar a tiempo.

Era una locura. Llevaban cuarenta y ocho horas haciendo el amor y, con sólo mirarlo, volvía a excitarse. ¿Dejaría de desearlo alguna vez?

Daba lo mismo. En cuanto volvieran a casa, entregaría el CD a un periódico local y dejaría el trabajo en Duke Development. La

abuela Anna sería vengada y ella empezaría una vida nueva.

Pero por el momento no quería pensar en ello. Por el momento, Adam era lo único que importaba.

Estaba a punto de excusarse e ir junto a él cuando un hombre alto, moreno y peligrosamente guapo se plantó ante ella.

–Soy Cameron Duke –dijo con voz profunda y dulce–. Se ve que mi hermano es un maleducado y no piensa presentarnos.

–No soy maleducado –dijo Brandon–. Es que no quiero herir la sensibilidad de Trish.

Ella sonrió y estrechó la mano de Cameron.

–Soy Trish James, la ayudante de Adam.

–Lo sé –dijo Cameron, y con una sonrisa sarcástica, añadió–: Ahora entiendo por qué no nos había presentado.

–¿Por qué?

–Porque eres preciosa.

Trish se ruborizó. Los hermanos Duke eran encantadores y todos extremadamente guapos. Debían de haber roto cientos de corazones desde su adolescencia.

–Eres muy amable –contestó, sonriendo.

–No creas –replicó Cameron, cortante.

–La verdad es que no suele serlo –intervino Brandon con una sonrisa maliciosa.

La banda empezó tocar una samba y Cameron tendió una mano a Trish.

–En cambio, soy un buen bailarín. ¿Bailamos?

–Oh –Trish recorrió el salón con la mirada y vio que Adam charlaba con alguien, así que sonrió a Cameron y tomó su mano–. Encantada.

–Señor Duke, tengo que hablar con usted.

Adam se volvió y miró al hombre de baja estatura que llevaba un traje arrugado con una gastada corbata morada y que se comportaba con nerviosismo, como si se sintiera incómodo en medio de la celebración.

–¿Qué sucede?

–Soy Stan Strathbaum, antiguo presidente de Strathbaum

Construction, ahora un leal empleado de Duke Development.

–¿Y? –Adam no supo por qué, pero aquel hombre le desagradaba.

Haciendo una mueca de desprecio, el hombre preguntó:

–Señor Duke, ¿conoce a esa mujer?

Adam miró hacia la pista de baile.

–¿Qué mujer? –preguntó sin poder ocultar su irritación.

–Ésa –Strathbaum señaló con el dedo–. La mujer del vestido negro.

¿Estaba señalando a Trish? ¿Era consciente de que se arriesgaba a que lo echase del salón de una patada en el trasero?

–¿Qué pasa con ella?

–No sé cómo se llama, señor Duke, pero nunca olvidaré su cara. Hace unos meses entró en una obra de la compañía y amenazó con golpearme si no detenía la demolición de unos viejos edificios cerca del muelle.

–No pudo tratarse de Trish –dijo Adam con firmeza.

–Era ella, señor –Strathbaum se subió las gafas sobre el puente de la nariz–. Fue muy agresiva y juró que acabaría con Duke Development aunque fuera lo última que hacía en la vida. Creí que tendría que llamar a la seguridad, pero conseguí echarla yo solo.

Adam había oído bastante. ¿Cómo podía aquel detestable gusano insultar a Trish? ¿Quién creía que era?

–Ésa es una historia completamente ridícula.

–Se lo advierto, señor, esa mujer es un riesgo para su seguridad –Strathbaum se cruzó de brazos–. Sus invitados y el hotel están en peligro.

–¿De qué demonios está hablando? –preguntó en tono amenazador–. Le ruego que se marche antes de que llame al servicio de seguridad.

El hombre se infló como un sapo, pero se mantuvo firme.

–Señor, puede que no le guste lo que estoy diciéndole, pero es la verdad. Le exijo que…

Pero Adam había dejado de escucharle. Estaba mirando a Trish, intentando reclamar su atención. Cuando lo miró, Adam vio

calidez en su mirada en un primer instante, seguida de confusión. Luego sus ojos se abrieron en un gesto de espanto cuando pareció reconocer al molesto hombre que acababa de desvelar su más oscuro y profundo secreto.

***

Desde la pista de baile, Trish vio a Adam hablar con un hombre que le resultó alarmantemente familiar y perdió el paso.

–¿Sucede algo? –preguntó Cameron.

–No lo sé –balbuceó ella.

Pero súbitamente recordó dónde había visto aquella cara de gesto despectivo: en la obra de Duke Development a la que había acudido para suplicar que detuvieran la demolición de su casa. Se trataba de Stan Strathbaum, el hombre que la había insultado y amenazado antes de echarla. El hombre que estaba hablando con Adam en aquel instante y señalándola con un dedo acusador.

La sangre se le congeló en las venas. Aterrorizada, se separó de Cameron.

–Tengo que irme. Lo siento. Buenas noches.

Esquivando a las demás parejas, se abrió camino precipitadamente por la pista de baile y huyó.

Para cuando Adam subió a la suite, Trish había solicitado al conserje que le organizara un medio de transporte para volver a Dunsmuir Bay. Su precioso vestido estaba en la maleta y se había puesto de nuevo los vaqueros y las botas.

Adam entró en la habitación bruscamente.

–¿Quién eres?

–Lo sabes perfectamente –dijo ella, metiendo en la maleta la ropa interior. –Ya no. ¿Es verdad lo que dice ese tipo? ¿Amenazaste con destruir mi compañía?

–¡No digas tonterías!

–Trish, has salido de la pista de baile como una exhalación en cuanto me has visto hablar con Strathbaum. ¿Qué quieres que piense?

–Deberías confiar en mí –dijo ella con un hilo de voz a la vez

que metía el neceser en la maleta.

Adam la sujetó por los hombros.

–Trish, contéstame. ¿Amenazaste con acabar conmigo?

Trish espiró bruscamente.

–Sí, supongo que sí, pero no es lo que tú crees.

–¿Y qué se supone que debo creer? –gritó Adam–. Un hombre me dice que has amenazado a mi empresa hace unos meses y ahora eres una de mis empleadas. ¿Qué demonios quieres que piense? ¿De verdad querías acabar conmigo?

–¡No! –Trish se liberó y caminó hacia atrás–. Sólo necesitaba algo que…

–¿Qué? –Adam la acorraló–. ¿Dinero? ¿Eres una cazafortunas tal y como pensé inicialmente?

Trish se quedó paralizada y lo miró fijamente.

–¿Es eso lo que creías de mí?

Adam sacudió la cabeza.

–Eso ahora no tiene importancia.

–¿Creías que buscaba tu dinero? –insistió Trish alzando la voz. Luego se acercó a él y le dio unos golpecitos en el pecho con el índice–. ¡Pues has de saber, maldito arrogante, que el dinero me da lo mismo! Tu compañía demolió mi casa. Tú destrozaste mi vecindario, la tienda de mi abuela, su modo de vida y todo aquello que amaba. Nos dejaste sin nada. Mi abuela sufrió un ataque al corazón cuando destruiste Victorian Village.

–Espera un momento. ¿Victorian Village? –dijo Adam, desconcertado–. Lo recuerdo perfectamente. Era un lugar emblemático.

–Así es –Trish se cuadró de hombros–. O al menos lo era hasta que tú apareciste. Era mi hogar hasta que tú acabaste con él hace ocho meses. Y ¿para qué? Para construir un aparcamiento.

–¿De qué estás hablando? No es verdad.

–Claro que sí –dijo Trish, indignada–. Diste una notificación de treinta días a los vecinos con los que yo me había criado, gente buena y honesta. Rompiste el corazón de mi abuela y conseguiste que te odiara.

–Espera un momento.

–No –Trish se secó bruscamente las lágrimas que habían empezado a correr por sus mejillas y fue hasta la cómoda para recoger sus últimas prendas, mientras Adam la seguía pisándole los talones.

–Yo no hago esas cosas –exclamó. –¿Ah, no? Trish alzó la mirada hacia él y deseó poder creer en la confusión que traslucían sus ojos.

Pero la verdad no era cuestión de opinión, así que, si le demostraba que tenía pruebas de cómo actuaba, tal vez Adam dejaría de interpretar el papel de inocente. Sacó el CD del bolso con los datos de Vista del Lago y se lo dio.

–Echa un ojo a eso y luego ven a contarme cómo haces negocios.

–¿Qué es esto?

–Era… era algo que pensaba darle a la prensa –balbuceó Trish.

–¿Y por qué me lo das a mí?

Trish rió con amargura al tiempo que se secaba las lágrimas.

–Porque a pesar de todo no puedo hacerte daño –cerró la maleta, la puso en el suelo y echándose el bolso al hombro fue hacia la puerta.

–No puedes marcharte. Tenemos que hablar.

–No hay nada de qué hablar –Trish se detuvo con la mano en el pomo y sacudió la cabeza con tristeza–. No lo comprendes. Al vincularme a ti he traicionado la memoria de mi abuela y he decepcionado a mucha gente –tras una pausa, añadió con un hilo de voz–: No sé cómo he podido enamorarme de un hombre que actúa así.

Adam la miró con frialdad.

–¿Un hombre que actúa cómo?

–Así –susurró Trish señalando el disco antes de marcharse.

Capítulo Once

Adam nunca se había considerado un cobarde, pero llevaba una semana evitando hacer algo y empezaba a sentirse incómodo.

Miró el CD que tenía sobre el escritorio.

Inicialmente no había querido abrirlo porque estaba furioso con Trish y consigo mismo por haber dejado que una mujer lo engañara. Se negaba a aceptar que su traición le hubiera hecho daño, tal y como su madre pretendía hacerle creer. Adam le había contestado groseramente que se equivocaba, y que sólo estaba enfadado.

La noche en la que Trish había abandonado la fiesta, Adam había conseguido a duras penas volver a la celebración y cumplir con su papel de anfitrión.

Al volver a Dunsmuir Bay se había sumergido en el trabajo, entregándose a nuevos proyecto y negocios. Tenía que ocuparse de una empresa y no iba a consentir que una mujer mentirosa lo distrajera.

Sabía que su madre estaba preocupada por él, pero no podía hacer nada al respecto. Sus hermanos intentaban animarlo apareciendo de vez en cuando en su casa para arrastrarlo a tomar unas cervezas o para pasar el rato. Una noche se presentaron en su despacho con unas cuantas cervezas para decirle que dejara de agobiar al personal, que algunos ejecutivos se habían quejado de que estaba de mal humor y que la pagaba con ellos.

La respuesta de Adam había sido inmisericorde: les pagaba para que se aguantaran. Además, él no tenía ningún problema.

Entre tanto, Marjorie había sustituido a Trish discretamente por Ella, una mujer de mediana edad muy competente que llevaba diez años en la compañía. Hacía bien su trabajo, pero no se esforzaba por mejorar su vida, ni le hacía reír, ni encargaba comida saludable las noches que trabajaba hasta tarde.

–Como hoy –masculló, tomando el auricular para pedir una

pizza. Después de tres llamadas, colgó.

Quizá sería mejor pedir algo más saludable del restaurante donde solía llamar Trish. Llevaba días durmiendo mal y tal vez un filete le sentaría bien. O no.

Aquella maldita mujer había logrado modificar hasta sus hábitos de alimentación.

Hizo rotar la silla y miró por la ventana. La luna llena se reflejaba en el mar, y las luces del puerto brillaban en la distancia. Adam maldijo entre dientes.

No necesitaba comida, sino a Trish. Quería sentir sus curvas presionadas contra su cuerpo, sus exquisitos labios, su lengua. Y hasta necesitaba su inteligencia para ayudarle a resolver problemas.

Por eso mismo la maldecía, por haber conseguido que la necesitara.

Se volvió hacia el escritorio y volvió a fijar la vista en el CD. Todavía no lo había revisado y no estaba seguro de que fuera a hacerlo. ¿Por qué iba a hacerlo? Después de todo, era ella quien había mentido y no tenía por qué creerla.

Y puesto que mentía, ¿cómo podía estar seguro de que decía la verdad cuando dijo que lo amaba?

Furioso, tiró un papel de su escritorio a la basura. No. Trish no lo amaba. De haberlo amado no le habría mentido. Aunque a él eso le daba lo mismo. A él el amor no le importaba. No podía negar que una parte de él siempre la recordaría, pero recordar y amar no eran lo mismo.

Afortunadamente. Porque de haberla amado, le habría afectado aún más su traición. Aunque no estaba tan afectado como ofendido… ¿O no?

Volvió a mirar el disco. Lo mejor sería tirarlo a la basura, o devolvérselo a Trish, pero no sabía dónde vivía. Se había estado acostando con ella y ni siquiera sabía dónde vivía. No la había ido a recoger, ni la había llevado a cenar; nunca se había despedido de ella con un beso a la puerta de su casa.

Pero ya todo eso daba lo mismo.

Marjorie podría darle sus señas, aunque en los últimos tiempos

no estuviera siendo particularmente amable con él. Puesto que él era el jefe, tendría que obedecerle. Aunque eso no significaba que estuviera pensando en ir corriendo tras Trish.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó, pasándose los dedos por el cabello en un gesto de exasperación.

Consciente de que no iba a conseguir concentrarse en el trabajo, apagó el ordenador y se marchó a casa.

Aquel fin de semana, Sally Duke insistió en que Adam acudiera a una fiesta muy especial en su casa. Adam llegó una hora tarde y encontró el patio trasero vacío. Al entrar en la cocina sólo encontró a sus dos hermanos. Brandon estaba delante del fogón, probando la salsa de barbacoa de su madre.

–¿Dónde está mamá? –preguntó Adam mientras metía las cervezas que había llevado en el frigorífico.

–Enseguida viene –dijo Cameron.

Adam abrió una cerveza y miró a su alrededor.

–¿Va a venir alguien más?

–No, es una fiesta para ti –dijo Cameron, bebiendo de su botella–. Tienes a mamá muy preocupada.

–¿Y qué?

–Que vamos tener que conseguir que espabiles.

Adam puso los ojos en blanco y bebió.

–¿Para eso estamos aquí?

Brandon se encogió de hombros.

–No es nada personal, sólo hacemos nuestro trabajo.

–Ya comprendo –Adam tomó las llaves de su coche, se puso las gafas de sol y fue hacia la puerta–. Disfrutad la cerveza que he traído y saludad a mamá. Hasta pronto.

Brandon sonrió.

–Y yo que creía que estarías encantado de compartir tus sentimientos.

–Algún año de éstos –Adam fue a cerrar la puerta, pero Cameron se lo impidió.

–Puedes huir, pero no puedes esconderte –dijo, saliendo con él.

–Esto va a ser divertido –dijo Brandon, siguiéndolos al exterior con una risita.

Adam se detuvo junto a la piscina y se volvió hacia sus hermanos.

–Chicos, os quiero, pero si os acercáis, tendré que mataros.

–Yo también te quiero, hermano –dijo Cameron, aproximándose desde la derecha–, pero estás comportándote como un cretino y estamos hartos de que mamá nos de lata al respecto.

–Tienes que entenderlo –Brandon se acercó desde la izquierda–, o lo hablas con nosotros o con mama, tú decides.

Adam tuvo que reconocer que tenían razón.

–Está bien –dijo, abriendo los brazos–. Intentadlo, pero os advierto que os arrastraré conmigo.

–Mientras caigas tú primero –dijo Cameron, y se abalanzó sobre él.

La zambullida produjo un minitsunami cuando los tres hermanos cayeron al agua. Después de unas brazadas, salpicaduras y aguadillas, Adam asomó a la superficie el primero. Se retiró el agua de los ojos y enfocó un par de chancletas rosas al borde de la piscina. Alzó la vista y vio a su madre mirándolo con severidad con las manos en jarras.

–Hola, mamá, estás muy guapa.

–Adam, quiero hablar conmigo.

–¡Ay, qué daño! –bromeó Brandon–: Está enfadada.

–Sí, me parce que esta vez te va a dejar marca –dijo Cameron.

Adam suspiró resignado. Había visto la mirada de su madre antes de que se alejara y supo que no estaba enfadada, sino preocupada, y eso le rompía el corazón.

Dándose impulso, salió del agua, tomó una toalla del borde de la piscina y siguió a su madre a la cocina.

–Todo el mundo dice que estás hecho un ogro en el trabajo –dijo ella en cuanto lo oyó entrar, mientras removía la salsa de barbacoa.

–He estado muy ocupado –Adam fue al frigorífico y sacó otra cerveza–. Acabamos de inaugurar Fantasy Mountain y en tres meses inauguramos Monarch Dunes.

Sally se sentó a la mesa y señaló la silla de al lado. Adam se sentó y supo que su madre no iba a andarse por las ramas.

–Cariño, ¿qué ha pasado con Trish?

Adam intentó esquivar la respuesta, pero finalmente le contó su versión de lo sucedido. Sally suspiró.

–Cariño, ni siquiera de niño querías confiar en el amor. Pero ya no eres un niño. ¿Piensas perder a Trish sabiendo que nunca serás feliz sin ella, o vas a tratar de convencerla de que eres el hombre del que ella se ha enamorado?

–No estamos hablando de amor –Adam se dio cuenta de que apretaba la botella con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos–. Además, me ha mentido.

–Quizá tenía una buena razón. ¿Se lo has preguntado?

Adam miró por la ventana y contempló la pradera que se extendía hasta el acantilado.

–No. ¿Cómo podía confiar en que me dijera la verdad?

–¡Ay, Adam! De los tres siempre fuiste el que tuvo más dificultad en confiar en la gente.

–Pero confío en ti, mamá.

Sally miró a Adam emocionada.

–Gracias, cariño. Espero que siempre lo hagas. Pero por encima de todo, quiero que confíes en ti mismo.

–Confío en mí mismo –masculló él–. Sólo tengo problemas con el resto del mundo.

Sally rió.

–Pues vas a tener que cambiar –tomó la mano de Adam y continuó–: Cariño, si quieres a Trish, debes averiguar toda la verdad. Puede que no acabéis juntos, pero al menos podrás seguir adelante. Si no lo haces, dudo que llegues a ser feliz. Eso es lo más importante para mí, y ya sabes que siempre consigo lo que quiero.

Adam rió y le apretó la mano.

–Me das miedo, mamá.

–Cariño –Sally lo abrazó–, no podrías hacerme un mayor cumplido.

En lugar de ir directamente a su casa, Adam pasó por la oficina, se sentó ante el escritorio y tomó el CD que Trish le había dado. Después de darle varias vueltas entre los dedos, dejó escapar un juramento, lo metió en el ordenador y estudió los documentos que contenía.

Cuando acabó, se pasó las manos por la cara horrorizado.

Aunque los documentos llevaban el encabezamiento de Duke Development, no conocía al autor de la carta, Peter Abernathy. Se conectó a la red de la oficina e introdujo la contraseña para buscar información sobre él. Se trataba del antiguo presidente de la compañía Abernathy Construction, que había sido comprada por Duke Development meses atrás.

Ya que estaba conectado, decidió buscar información sobre Stan Strathbaum, y descubrió que tenía un historial parecido al de Abernathy. Después de leer el historial de ambos junto con algunos informes de la compañía, empezó una búsqueda en Google para recabar datos sobre sus respectivas empresas y su relación con edificios de interés histórico en Dunsmuir Bay.

Finalmente, se reclinó sobre el respaldo de la silla y reflexionó sobre lo que acababa de descubrir. Pasó un largo rato contemplando la línea del horizonte donde se encontraban el cielo y el mar azul cobalto.

Era comprensible que Trish hubiera estado enfadada con él si creía que había aprobado la demolición de Vista del Lago. Al leer la carta debía de haber revivido su dolorosa experiencia y habría asumido que estaba a punto de destrozar otra comunidad de amigos y vecinos.

Pero lo que no sabía era que él jamás había dado esa aprobación, y que nunca lo habría hecho. Aunque quizá no consiguiera que Trish le creyera, él no era así. Por eso mismo, tampoco habría dado el visto bueno a la destrucción de Victorian Village de haber sabido que iba a producirse. Esa decisión había sido tomada por el repugnante Strathbaum justo antes de que Duke Development absorbiera su compañía, para evitar que Adam pudiera echar el proyecto atrás. Y aunque eso lo libraba en parte de responsabilidad, Adam tenía que admitir que era igualmente

culpable por no haber estado al tanto. Se trataba de su compañía y, por tanto, debía asumir la responsabilidad de lo que hiciera cualquier miembro de ella. Debía haber estado encima de la negociación con la nueva compañía e informarse en detalle de los proyectos que tenía entre manos en el momento de la adquisición. Había sido descuidado, y como consecuencia, había causado el sufrimiento de mucha gente.

Con total frialdad, Adam decidió que despediría a Strathbaum el lunes siguiente. Ni él ni sus hermanos querían alguien así trabajando con ellos. Pero con eso no conseguiría devolver a Trish ni a su abuela, ni su hogar. No podía cambiar el pasado, pero sí podía proyectar el futuro.

Trish fue al hospital y entregó en el mostrador de entrada un florero con dos docenas de rosas rojas.

–Por favor, déselas a alguien que las necesite.

–¡Son preciosas! –exclamó la enfermera encargada de las altas hospitalarias–. Es el tercer ramo que trae esta semana, ¿es su cumpleaños?

–No –dijo Trish con firmeza. Luego, con una sonrisa, añadió–: Que las disfrute.

Las rosas eran el quinto regalo que recibía aquella semana. El primer día habían sido margaritas, y le habían gustado tanto que no había sido capaz de regalarlas. El segundo día, rosas; el tercero, un buqué de flores silvestres. Trish había pasado el día preguntándose qué hacer con ellas, hasta que se le había ocurrido llevarlas al hospital para que las disfrutara un paciente. El cuarto día, se había tratado de galletas de chocolate y varios globos de colores. En uno de ellos decía: Te echo de menos. No había sido capaz de darlo y todavía flotaba en su salón.

¿Cuántos regalos y flores más le enviaría Adam antes de darse por vencido?

También la había llamado, dos y hasta tres veces al día, pero no había contestado. Ya suponía suficiente tortura escuchar su voz en el contestador automático. ¿Cómo iba a conseguir olvidarlo si hablaba con él?

En lugar de sentirse satisfecha por haberlo desenmascarado, estaba desolada.

Aparcó el coche al otro lado del muelle. Había pocos turistas porque era invierno, pero el sol caldeaba lo suficiente como para que bajara y se acercase al muelle.

Tras comprar un cartón de palomitas, bajó las viejas escaleras de madera hasta la playa. Había oleaje y el aire frío soplaba con fuerza. Podía oler la sal y sentir el rocío del agua sobre la piel. Intentó recordar los buenos tiempos. Antes de que Adam hubiera aparecido en su vida. Pensar en él era demasiado doloroso.

¿Intentaba torturarse visitando su antiguo barrio, acercándose tanto a donde antes se erigía Victorian Village y donde sólo quedaba un espantoso aparcamiento de hormigón?

Mientras esquivaba las olas que rompían en la orilla, pensó en la abuela Anna, su única familia. Apenas recordaba a su padre, que había muerto en la Operación Tormenta del Desierto cuando ella era una niña. Su madre había muerto cuando tenía nueve años y la abuela y ella se habían quedado solas.

Su abuela había sido su mejor amiga, su consejera, su maestra. Sin ella estaba sola en el mundo, sin familia, sin amor.

Aunque había un hombre al que amaba a su pesar. Y su ausencia dolía incluso más que la pérdida de su abuela.

Habían pasado tres semanas desde la fatídica noche de la fiesta en la que aquel despreciable hombre había hablado con Adam. Ojalá hubiera podido impedirlo. Ojalá Adam no la hubiera creído. Ojalá… Trish estaba cansada de torturarse por todo lo que podía haber salido de otra manera, por todo lo que podía haber evitado.

Como decirle a Adam que lo amaba para recibir a cambio una fría y cruel mirada de despedida.

¡Recordarlo era tan espantosamente humillante!

–Pues piensa en otra cosa –se amonestó, tomando un puñado de arena–. Haz algo. Tienes que encontrar trabajo, retomar tu vida. Debes ocuparte de las cosas de la abuela.

Se preguntó qué habría pensado su abuela al saber que estaba enamorada de Adam, y pensó que le habría dicho: «No te avergüences de amar».

Los ojos se le llenaron de lágrimas. No, no se avergonzaría, pero tenía que dejar de padecer. Había dado una oportunidad al amor y sólo le había causado dolor. Era ya hora de recoger los pedazos y entrar en acción.

–Es una pieza única –dijo Trish, rescatando el pequeño tesoro de manos de la mujer que acababa de levantarlo y sacudirlo–. Un pastillero francés de mil ochocientos, pintado a mano y con perlas por el borde.

–¿Lo tiene en rojo? –preguntó la mujer.

Trish reprimió las ganas de darle una bofetada.

Y no era la primera vez que sentía ese mismo impulso desde el comienzo del día.

Habitualmente no era tan irritable, y comprendía que la gente quisiera un chollo, pero ¿no podían reconocer un objeto de calidad que les duraría el resto de sus vidas?

Quizá había sido un error alquilar un puesto en el mercado de antigüedades, pero le había parecido la mejor ida para intentar vender las piezas de su abuela, que llevaban siete meses guardadas en un depósito.

Se había planteado abrir una tienda de antigüedades. Después de todo, la razón por la que había cursado un máster especializado en comercio había sido modernizar las tiendas de Victorian Village, adaptarlas al siglo XXI. Tenía planes para convertirlas en negocios prósperos, y para ello, había decidido que como primer paso debía solicitar el sello de interés histórico para el barrio.

Pero esa burbuja había estallado. Y había llegado el momento de seguir adelante aunque le rompiera el corazón vender los objetos de su abuela a gente que no distinguía entre una obra de arte y una baratija.

Mientras alineaba los objetos sobre el mostrador, un hombre preguntó:

–¿Cuánto vale todo el puesto?

Adam.

Trish no necesitó volverse para identificarlo. Su cuerpo reaccionó al instante. El corazón se le aceleró y se le formó un

nudo en el estómago.

Se volvió lentamente y lo observó. Estaba aún más guapo que en los sueños que la perturbaban cada noche. La garganta se le secó y, tomando su botella de agua, bebió un trago que ni le alivió la sed, ni le ayudó a calmarse.

Se obligó a caminar hacia delante hasta que sólo la separó de Adam el mostrador con la colección de pastilleros de su abuela. Alzó la barbilla y le miró a los ojos.

–Más de lo que puedes pagar.

Él entornó los ojos y la observó unos segundos que a Trish le parecieron siglos. Entonces empezó a sonreír, hasta que sus labios se curvaron en una de aquellas sonrisas que la volvían loca.

–Hola, Trish –saludó con una voz tan profunda y sexy como Trish la recordaba–. Tienes buen aspecto.

Trish sabía que no era más que una mentira piadosa, pero se la agradeció mentalmente.

–¿Qué haces aquí, Adam?

–Buscar un tesoro –contestó Adam, mirándola fijamente a los ojos. Trish tragó saliva. ¿Podría oír los latidos de su corazón? ¿Había ido a destrozarla? Tras una pausa, Adam continuó–: Escucha, sé que te he hecho daño. Sé que no confías en mí, pero necesito que hablemos y que me dejes enseñarte una cosa.

Trish tomó aire.

–Adam, por mucho que me digas o me enseñes, no va a cambiar nada.

–Sé que eso es lo que piensas, pero necesito que me des una oportunidad para hacerte cambiar de idea.

Trish suspiró.

–Adam…

–Dijiste que me amabas.

Trish tragó. Así que estaba allí para mortificarla.

–¿Eso te pareció oír?

–Sí. Y no puedes negarlo.

Sin apartar los ojos de los de Trish, Adam rodeó el mostrador y entró en la caseta.

–Te conozco, Trish, nunca habrías dicho algo así si no lo

sintieras de verdad. ¿A que no, Trish?

Trish sacudió la cabeza.

–Si pensabas que todo lo demás era mentira, ¿por qué no iba a mentir sobre eso?

–Al menos estarás de acuerdo conmigo en que me comporté como un idiota.

–Desde luego que sí –dijo Trish, reprimiendo el impulso de sonreír.

–Trish, quiero que vuelvas.

Ella frunció el ceño.

–Adam, nunca funcionaría, somos demasiado distintos. Tú eres rico y poderoso, yo… sólo soy yo.

Adam dio un paso hacia ella y dijo, bajando la voz:

–Me abandonaron cuando tenía dos años en la puerta de un hospital.

Trish no lo sabía, y en cuanto lo oyó, su corazón se llenó de compasión por aquel pobre niño abandonado.

–¡Oh, Adam!

–Créeme, Trish. Mis hermanos y yo hemos montado un negocio próspero y estoy orgulloso de ello, pero en mi interior no soy ni tan rico ni tan poderoso. Sólo soy yo. Y todo mi ser necesita cada célula del tuyo.

Trish tuvo que respirar profundamente varias veces para contener las lágrimas antes de hablar. –Adam, no sé si…

Adam alzó la mano. –Ya te he dicho que quería enseñarte una cosa.

¿Puedes dejar a alguien al mando del puesto? No tardaremos.

Sin pensárselo, Trish llamó a su viejo vecino, Sam, que ayudaba a su amigo Howie a reparar una bicicleta en un puesto al otro lado del pasillo.

–¿Sam, puedes ocuparte de mi puesto durante un rato? Sam le guiñó un ojo. –Claro, cariño. Márchate tranquila. –Gracias, Sam –dijo Adam. Y tomó a Trish en brazos. –¿Qué haces? –exclamó ella tras dar un gritito. –No quiero que te escapes.

Mientras la llevaba hacia la salida, varias per sonas rieron y aplaudieron. –¿Ves como todo el mundo piensa

que es una buena idea? –preguntó él, sonriendo. Trish sacudió la cabeza. –¡Eres verdaderamente imposible! –No. Lo que pasa es que sé lo que quiero. Tardaron sólo unos minutos en llegar a la pla

ya en su Ferrari. Adam giró hacia una calle lateral, condujo una manzana y paró el coche delante de unos encantadores bungalós de estilo rústico que habían sido transformados en viviendas y pequeños comercios.

Cada uno estaba pintado de un tono distinto de terracota o verde, tenían un jardín delantero y estaban rodeados de macizos de flores. Todos tenían un porche delantero donde se exhibía la mercancía, un cartel sobre la puerta con el nombre, y en la parte trasera se veía una señal que indicaba que eran propiedad privada.

–¡Qué preciosidad! –exclamó Trish al salir del coche–. No las había visto nunca.

–Yo tampoco, hasta que empecé a buscar –dijo Adam, pasándole el brazo por los hombros y atrayéndola hacia sí–. Pero eran justo lo que quería.

Trish lo miró sorprendida.

–¿Eres dueño de alguna de ellas?

–De todas.

–¿Has…?

–O mejor dicho, Sam Sutter es el dueño de ésa –señaló la última de la fila–. ¿Ves el cartel?

–Sam: bicicletas de paseo –leyó Trish. Luego susurró con voz temblorosa–: ¡Dios mío! No me ha dicho nada.

–El viejo tiene una expresión facial que le haría millonario en Las Vegas. La señora Collins es dueña de ésa. Mira los maniquíes en el porche. Por cierto, es toda una diva.

En ese momento la señora Collins salió al porche y saludó:

–¡Yuhuuu, Trish! ¿No te parece maravilloso?

Trish saludó de vuelta con una sonrisa, pero no dijo nada. Adam señaló hacia otra de las casa.

–Bert Lindsay y Tommie están trasladando su salón de belleza, y Claude y Madelaine Maubert quieren montar una pastelería en la de al lado. Creo que en esta zona pueden tener

mucho éxito. He hecho un estudio de mercado para todos tus amigos y…

Trish se echó en sus brazos con lágrimas en los ojos.

–Gracias. No sé cómo ni por qué lo has hecho, pero nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Adam le acarició el cabello, la besó en la frente y, señalando a otra casa, dijo:

–¿Has visto la que queda en el centro?

Adam había elegido la más bonita. Estaba pintada en diferentes tonos de verde, tenía ventanas con cristales biselados y un gran porche lleno de plantas.

–Es preciosa –musitó Trish.

–Lee el letrero, cariño.

Trish se fijó en un poste en medio del jardín con un cartel blanco y contuvo el aliento. En él estaba escrito: Los tesoros de Trish.

Miró a Adam perpleja.

–Si la quieres, es toda tuya –dijo él.

–Oh, Adam.

–Queda una libre –Adam continuó hablado con la esperanza de conseguir que Trish le diera una nueva oportunidad–, por si alguno de tus viejos amigos quiere mudarse a ella. He intentado contactar con todos y todavía espero algunas respuestas. Firmaré el contrato a nombre del primero que se interese.

–Pero… ¿por qué?

Adam la abrazó.

–¿No está claro? Porque te quiero, Trish, y quiero hacerte feliz –la miró con expresión amorosa–. Te juro que, de haber conocido los planes, no habría permitido que se demoliera tu viejo hogar. Soy culpable por no haber estado al tanto de lo que hacía mi compañía, pero no volverá a suceder. Espero que algún día llegues a creerme.

–¡Te creo! –Trish parpadeó para evitar llorar–. Cuanto más te conocía más me costaba creer que estuvieras relacionado con ello. Pero ese Strathbaum…

–Lo he despedido.

Trish se mordisqueó el labio.

–No deseo mal a nadie, pero reconozco que me alegro.

–Siento que hayas sufrido tanto. Siento no poder devolverte a tu abuela, pero espero que algún día me perdones.

–Ya te he perdonado –dijo Trish, acariciándole la mejilla.

–Dime que tengo una oportunidad, que todavía me quieres. Cásate conmigo.

–Creía que habías jurado no casarte nunca.

–¿No he dicho antes que me había comportado como un idiota?

Trish rió a la vez que una última lágrima rodaba por su mejilla. –Sí. –Tú me has cambiado, Trish –susurró Adam–.

Quiero pasar contigo el resto de mi vida. Dime que te casarás conmigo.

–Claro que sí –Trish se abrazó a su cuello–. Te amo, Adam.

–Gracias a Dios –Adam la besó y, estrechándola con fuerza, sintió que se llenaba el gran vacío que siempre había ocupado su corazón.